CAPITULO XVIII

Un recuerdo y una exigencia

Al salir don Andrés de su casa guiando á los fugitivos, el temor dejó clavadas en el portalón á su señora y á la criada.

Cabezota, con feroz alegría, avanzó hasta la casa diciéndose:

—Ahora es la mía: por muy de prisa que vaya mi amo, de aquí á Portugal hay más de dos leguas, de modo que ya habrá amanecido cuando regrese.

¡Oh! esta noche María, por fuerza ó por voluntad, será mía.

En el rostro del pastor se dibujó la alegría brutal de su alma, y el fuego del deseo iluminó aquellos ojillos grises.

Dando á su semblante el aspecto que de ordinario le caracterizaba, llamó con su cayado en la puerta de la casa.

Al oir los golpes, doña María y la criada se estremecieron.

—¡Dios mío, si algún mal encuentro les habrá obligado á volverse!—exclamó la buena señora llena de terror.

La criada, con no menos miedo que la alcaldesa, miró á su ama no sabiendo qué partido tomar, más serenándose, se acercó de puntillas á la puerta y con la mano hizo señas de que no eran ni los liberales ni el alcalde los que llamaban.

Al saber que no era su esposo, doña María se repuso, no sin dejar de extrañarle que á aquellas horas llamasen á su puerta.

—¿Quién es?—preguntó la criada.

—Soy yo,—repuso Cabezota con su bronca voz.

—Abre, veremos lo qué quiere á estas horas,—agregó doña María que le había reconocido.

La muchacha franqueó la entrada y el pastor penetró en la casa, exclamando:

—¡A la paz de Dios! ¡Buenas noches!

—Buenas las tengas,—repuso doña María.

Una vez que la puerta tornó á cerrarse, la alcaldesa, seguida por el pastor, se encaminó á la cocina.

A la buena señora le extrañaba que no siendo sábado, el pastor viniese al pueblo y más en una hora tan intempestiva como aquella.

Una vez en la cocina, mandó á Cabezota que se sentase.

El pastor se acomodó en un banco frente á su ama y con los codos apoyados en las rodillas y la barba en los puños, la miró con afanosa codicia.

—¿Tú me dirás qué ocurre?

¿Han hecho los lobos algún destrozo en el ganado?—le preguntó doña María.

—Nada de eso, mi ama.

—Entonces no comprendo cómo has venido esta noche al pueblo.

¿Estás enfermo ó has tenido algún disgusto en el monte con tus compañeros?

—No, señora; gracias á Dios estoy más fuerte que un roble, y en cuanto á lo demás, tienen mucho miedo á mi cayado, para que se atrevan conmigo,—replicó el pastor con feroz acento.

Doña María, no ocultándosela que algún motivo traía á Cabezota á su casa, se encogió de hombros como quien dice: «Tú hablarás si quieres.»

Con frecuencia el pastor dirigía furtivas miradas á la criada, cuya presencia le impedía explicarse.

Aun sintiendo el aguijón del deseo otro ser más noble que él, viendo la deferencia con que se le trataba, hubiera desistido de su propósito; pero lejos de esto, la impaciencia dificultaba la respiración de nuestro personaje, ansiando que la criada saliese de la cocina.

Por fin, la muchacha les dejó solos.

La alcaldesa mirando á su criado y con el acento de bondad que le era propio, le dijo:

—Vamos, dime lo que te ocurre.

Si necesitas dinero ó alguna cosa en que yo pueda servirte, pídemela.

El pastor vaciló y no supo qué responder.

Sus manazas trataban de desenredar su encrespado cabello, hasta que por fin, lanzando una recelosa mirada, repuso con acento confidencial:

—Tenemos que hablar de un negocio de interés.

—Te escucho,—agregó doña María con naturalidad.

—Aquí no puede ser, porque la muchacha está entrando y saliendo á cada instante.

El asunto no es de los que puede oirle nadie, pues sólo nos interesa á los dos.

—¿Qué nos interesa á los dos?—preguntó doña María con extrañeza.

—¡Sí, señora, y mucho!—agregó el pastor clavando en ella sus codiciosos ojuelos.

La alcaldesa cada vez más sorprendida por las frases de su criado; pero lejos de sospechar sus verdaderas intenciones, balbuceó:

—Bueno, entonces iremos á la sala.

—Sí, señora, allí podemos hablar con libertad,—añadió Cabezota con secreta alegría.

Una vez en la sala, doña María se sentó en el sillón de la mesa de despacho, en cuyo respaldo estaba casualmente colgado el cinturón del alcalde con las dos pistolas que acostumbraba á llevar en sus expediciones.

Aquella noche no creyéndolas necesarias no se las llevó.

Cabezota ocupó otro sillón, quedando la mesa entre el pastor y su ama.

—Tú me dirás lo que quieras, pues ahora no hay testigos que te lo impidan.

—Ya lo sé,—repuso el pastor con asquerosa sonrisa, y señalando á la alcoba, añadió:

—El amo anda esta noche fuera de casa.

—Bien, y ¿qué tenemos con eso?

Está cumpliendo con su obligación,—repuso doña María con recelo.

El pastor comenzó á rascarse la cabeza con más fuerza que antes, y sus ojuelos brillaban de una manera siniestra.

Su actitud comenzó á chocar á la alcaldesa.

Nunca le había visto con el semblante tan repulsivo como en aquel momento; pero á pesar de esto no sospechaba de él nada malo.

Doña María era tal el concepto que del cabrero tenía, que si la hubiesen preguntado quien la inspiraba más confianza de todos sus servidores, sin vacilar hubiera respondido que Cabezota.

Así fué, que su asombro no tuvo límites al oirle decir:

—Mire usted, señora, ha llegado el instante de que nos entendamos.

¿Quiere usted que le diga dónde está el amo en estos momentos?

—Lo sé,—repuso doña María con disimulado temor.

—Pues voy á repetírselo.

El amo está á acompañar á Portugal, á los dos *negros* que usted recibió aquí, y á los cuales tenía obligación de prender.

Estas palabras desconcertaron á la buena señora, más queriendo disimular, exclamó con precipitación:

—No es cierto eso que supones.

—Ya sabe usted que nunca miento,—repuso el salvaje con intención.

En aquel instante la alcaldesa, viendo que su secreto era conocido por un hombre tan fanático como el pastor, se creyó perdida. No obstante, replicó con fingida tranquilidad:

—A tí te han engañado.

—Eso no, yo no creo más que lo que ven mis ojos, que aunque chicos, no se les escapa nada.

Para que usted se convenza de que lo sé todo, escúcheme:

El pastor refirió á su ama cuanto había oido y observado.

A medida que avanzaban en su relato, sus ojos adquirían extraordinario brillo.

Nervioso temblor se apoderó de doña María, comprendiendo que eran inútiles sus negativas.

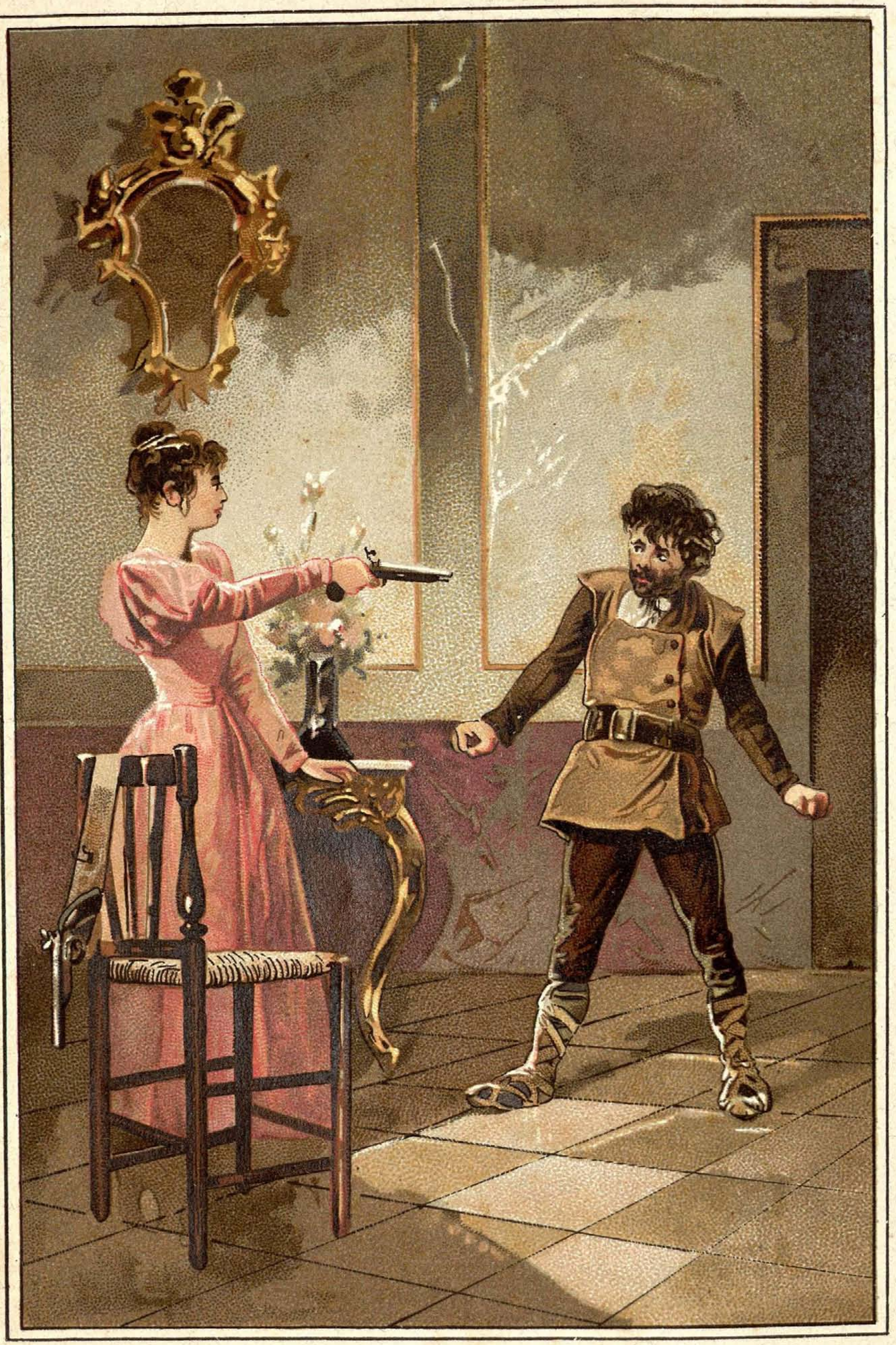
Cabezota, cada vez más impaciente por lograr sus malvados propósitos, estaba tan violento en el sillón, como si
guardar ya consideraciones de ningún género.

—¡Te ...ava...á ti!

...Pálida...llena de indignación, la alcaldesa se olvidó de
todo para volver por su ofendida dignidad, y repuso:

Miserable! ¿sabes lo que dices?

—¡No he
e sabèrlo, si el aldn que aunasa ant amia por
nacèrte mia nò me
ga ni vivir juntos!
éramos niños?
¿Te acuerdas cuando
...Entonces yo podía jugar co
tigo y estrecharte á todas
horas en mis brazos.
Tú te reías cuando te llevaba à cuestas, y
agarrandote
a estas grenas que parece que anora te asustan, n
e me-
cias:
—¡Corre, corre mas, ca Cabezota!
...Otras veces te entretenías tirándome de las orejas y yo
ia todo con gusto.
lo su
A la vez
ue yo has crecido; pero ya se ve, tú eres rica
y yo un pobre, que
en cuanto pudo servir para algo, le
echaron al monte a ganars
el pan.
Después cuando te vi
...cuando de verdaderamente
...más derecho que yo á gozar de tu hermosur
En aquel momento la expresión del rostro del
astor
horrorizaba.
El semblante contraido por la excitación que le consu-



—¡Miserable! si das un paso más te tiendo de un pistoletazo.

mía, los ojos llenos de fuego, le daban el aspecto de un gorila.

De una patada apartó el sillón y dió la vuelta á la mesa para caer sobre su ama.

En tan angustioso momento, doña María, se alzó decidida á resistir, defendiendo su honra á todo trance.

Al levantarse, su mano tropezó con el cinturón de su marido y súbita alegría iluminó su semblante.

Su honor estaba salvado, aunque para ello tuviese que matar.

Empuñando una de las pistolas la amartilla y extiendiendo el brazo apunta con ella á Cabezota, y con enérgica entonación exclama:

—¡Miserable, si das un paso más te tiendo de un pistoletazo!

El instinto de conservación contuvo al cabrero, que retorciéndose desesperadamente las manos, la dice ciego de coraje:

—¡Me rechazas!

Creías que yo guardaría el secreto á cambio de un puñado de oro; que soy de los hombres á quien seduce el dinero, y en esto te has equivocado.

Te quiero á tí y sólo callaré si eres mía.

De lo contrario, ten presente lo que dice el cura en el sermón.

La horca te espera á tí y á tu esposo.

No olvides que antes de seguirte viendo feliz, mientras yo me desespero en el monte guardando tu ganado, prefiero verte muerta.

—Puedes hacer lo que quieras,—exclamó doña María con dignidad.

¡Los miserables como tú son capaces de todo!

Ni con ruegos ni con amenazas, conseguirás que falte á mis deberes.

Denúnciame en hora buena; pero también en el pueblo se dirá que Cabezota es el asesino de los que le dieron el pan.

Tanto tú como tus padres, habéis comido de lo que os dieron los mios.

Y ya que vas á pagárnoslo denunciándome, no olvides que en el pueblo no encontrarás quien te dé un vaso de agua.

Los traidores en todas partes son despreciados y malditos.

—No me importa nada lo que pueda sucederme,—rugió Cabezota.

¡O mía ó de la horca!

—Haz lo qué quieras, más te repito que nunca seré tuya,—repuso doña María con el más profundo desprecio.

Cabezota, después de lanzarla una mirada indefinible, salió de la estancia, con paso tan vacilante como el de un beodo.

La buena señora no pudo más; aquel supremo esfuerzo agotó toda su energía, haciéndola caer medio desvanecida en el sillón.

Su honra se había salvado, más la vida de su esposo y la suya corrían peligro.

CAPITULO XIX

Imitemos á Felipe II

Volvamos al encuentro de don Andrés.

Tan pronto como penetró en territorio español, puso su caballo á media rienda, con objeto de llegar á su casa antes de que amaneciese.

Quería evitar que le vieran los vecinos, á fin de que su salida no diese pábulo á comentarios y murmuraciones que pudieran comprometerle.

Muñoz regresaba satisfecho de la noble acción que acababa de realizar, dando por seguro que ni él ni los Vallejos tenían nada que temer.

El caballo que montaba era ligero y en menos de dos horas le llevó desde la frontera á las inmediaciones de su pueblo.

En el momento en que el noble bruto acababa de saltar una zanja, don Andrés oyó una voz que le decía con angustia:

—¡Señor, pare usted! ¡pare usted!

Al pronto se sorprendió, más reconociendo la voz de su criada, detuvo la cabalgadura, exclamando con asombro:

—¿Qué hay, Antonia? ¿Ocurre alguna novedad?

—¡Por Dios, no vaya usted á casa!—agregó la sirvienta con terror.

Don Andrés, á quien estas palabras sobresaltaron, repuso:

—¿Pero qué sucede? Habla.

—Hablaré; pero no aquí,—agregó la muchacha mirando á todas partes, temiendo que la persiguiesen.

Internémonos en esos chaparros.

—¿Pero quieres decirme lo que sucede?—agregó don Andrés devorado por la impaciencia.

Si la oscuridad de la noche le hubiese permitido contemplar el semblante de su sirvienta, es casi seguro que hubiera adivinado lo qué sucedía en su casa.

La pobre Antonia, tenía en los ojos retratada esa impresión que deja el terror en el espíritu, y el llanto surcaba sus mejillas.

Don Andrés, revolviendo su caballo y seguido de su sirvienta, se internó en la espesura.

Una vez en ella, echando pié á tierra exclamó:

—¡Habla!

Ella con voz balbuciente que denotaba la intranquilidad de su espíritu, le dijo:

—A poco de salir de la casa usted y los dos fugitivos, llamó Cabezota á la puerta, le abrí y después de estar un rato hablando con la señora en la cocina, se subieron á la sala.

Yo me quedé cumpliendo con mi obligación.

Pasaría una media hora cuando Cabezota bajó á decirme que le abriese la puerta.

Noté que estaba muy agitado, mas no hice caso, le franqueé la salida; y en lugar de marcharse al monte se internó en el pueblo.

Pasó algún tiempo, y viendo yo que la señora no me llamaba, sospeché si le habría sucedido algo.

Subí á la sala y ví con horror á mi pobre ama desmallada en un sillón, con el rostro descolorido como un cadáver y á sus piés una pistola de las que usted acostumbra á usar.

—¿Y qué? ¡prosigue!—exclamó don Andrés con febril impaciencia.

—Mi pobre señora volvió en sí, y entonces me refirió lo que había sucedido.

¡Admírese usted, señor!

Cabezota quiso atentar á su honra.

—¡Miserable!—repuso el alcalde ciego de furor y sintiendo en su alma el deseo de castigar pronto y duramente al que había ofendido al sér que más amaba en el mundo.

—¡No es esto todo!—prosiguió la muchacha derramando copioso llanto.

—¿Pero aun hay más?—preguntó el alcalde con desesperado acento, no comprendiendo que pudiese sucederle nada más grave que lo que acababa de saber.

—Por desgracia, sí,—añadió la muchacha, relatando á su amo con todos los detalles la escena que medió entre su señora y el cabrero.

Muñoz, sin pronunciar una sola frase, se avalanzó al caballo, disponiéndose á montar.

La desesperación y el dolor pusiéronle medio loco.

Antes de arreglar las riendas con mano convulsa empuñó la escopeta.

Antonia contuvo á su amo, exclamando con el mismo acento que si le viese al borde de un precipicio:

—¿Dónde va usted, señor?

—Donde quieres que vaya, á matar al miserable que ha ofendido á mi esposa y tiene la avilantez de amenazarnos con la horca, cuando nos debe el pan que come,—rugió don Andrés.

—¡Por Dios, no haga usted tal cosa!

¡Cabezota ha cumplido su amenaza!—repuso abrazándose á las rodillas de su amo.

Don Andrés, mirando á su sirvienta con asombro, le faltaron fuerzas para responder.

El dolor le anonadaba.

Loco, febril, comprendiendo el verdadero significado de aquellas palabras y la magnitud de su desgracia, se mesó los cabellos con desesperación.

—¡Pobre María!—balbuceó con la mayor amargura.

¡Así pagan los miserables el bien que se les hace!

—Serénese usted, y no se desespere.

—Dices bien. Tú me recuerdas que el hombre debe afrontar con valor las visicitudes de la vida.

No es con lágrimas ni con lamentos como se remedian las desgracias, sino con obras.

Cuéntame cuanto haya sucedido durante mi ausencia, —repuso don Andrés afectando una resignada tranquilidad que estaba muy lejos de sentir.

Antes de hablar la muchacha, recordando los dolores de su señora, no pudo reprimir el llanto, que á torrentes brotaba de sus ojos.

Transcurridos algunos instantes, dijo:

—Habría pasado una hora poco más desde que se fué Cabezota, cuando oímos llamar á la puerta estrepitosamente.

Nos asomamos, viendo al señor cura seguido de un grupo de vecinos con armas, que de un modo brutal golpeaban la puerta con las culatas, amenazándonos con derribarla, si no abríamos pronto, mientras otros rodeaban la casa para evitar cualquier intento de fuga.

No sé lo qué por mí pasó en aquel momento, ni como mi pobre ama tuvo después tanto valor,—agregó la chica elevando al cielo sus ojos.

—Falta de fuerzas para hablar, miré á mi señora, preguntándola qué debía hacer.

—Abre, me repuso, y dos gruesas lágrimas se desprendieron de sus ojos.

—Señora, escóndase usted,—la repuse abrazándome á ella.

—Para que, si me encontrarán en seguida, me contestó con un acento de resignación que partía el alma, agregando luego:

—¡Pobre Andrés y pobres hijos míos! ¡yo tengo la culpa de su desgracia!

—¡Eso no!—repuso el alcalde con nobleza.

Ella no hizo más que cumplir como buena, y yo aprobé su conducta.

Si mil veces me encontrara en iguales circunstancias, mil veces obraría de igual manera.

La chica prosiguió diciendo:

—Impaciente el cura por penetrar en la casa, mandó á los escopeteros que llamasen con más fuerza.

Comprendiendo que mis ruegos serían inútiles, bajé á franquearles la entrada.

Aquella turba de fieras, pues tales me parecieron, entraron precipitadamente, preguntándome el cura:

—¿Dónde está tu ama?

—En la sala,—repuse.

No esperaron á más, y el alguacil, que por lo visto iba allí de segundo jefe, exclamó:

—Con ocho que suban conmigo, hay bastantes.

—¡Qué valientes!—balbuceó don Andrés con desprecio.

—Subieron á la sala, y mi pobre ama al verles, dejó aparecer en sus labios una sonrisa de dolor.

El señor cura, con una entonación que causaba miedo, la dijo:

—No esperaba verme en la necesidad de venir á esta casa donde creí que vivían personas cristianas, amantes de Dios y del rey.

—Soy cristiana, repuso mi señora.

—Poco se conoce, cuando ha albergado y socorrido á dos pícaros *negros* á quienes manda el rey nuestro señor, que se persiga á muerte, replicó el cura bruscamente.

La señora guardó silencio, no queriendo sin duda responder.

Comprendía que una vez hecha la denuncia por Cabezota, era inútil el negar, y que aquella gente iba resuelta á todo.

El cura, volviéndose al alguacil y á los escopeteros, agregó señalando á doña María:

—Ya lo veis, calla, luego otorga.

¿Qué tiene usted que alegar en su defensa, señora?

—Nada y mucho.

—¿Pero no es cierto lo que yo digo?

—Sí, señor: hace algunas noches llegaron á la puerta de esta casa dos personas á quien yo no conocía.

Una de ellas venía moribunda, y el estado de la otra inspiraba lástima y compasión.

La fiebre, el hambre y el frío les acosaban.

Yo les abrí mi casa, socorriendo sus necesidades, en cumplimiento de aquellas santas palabras de Jesús que dicen: «dá de comer al hambriento y posada al peregrino.»

¿En qué he faltado yo al cumplir de esta manera con mis cristianos deberes?

Entonces el cura con el mismo acento que emplea en el púlpito, exclamó:

—¡Pero aquellos hombres eran *negros*, y todos los días vengo diciendo en nombre de Dios, desde su augusta cátedra, que los liberales son herejes y están malditos hasta la quinta generación.

Ser liberal es peor, mil veces peor que ser ladrón y asesino, y es necesario hasta negarles el agua y el fuego.

Además nuestro amado rey, interpretando los deseos de su pueblo, que tanto aborrece á esa gavilla de criminales que nos trajo la constitución, ha ordenado que se les persiga y extermine como á dañinas fieras.

Y usted, señora, que pasaba en el pueblo por buena cristiana, que mil veces me ha oído predicar esto mismo, no puede disculparse diciendo que ignoraba quienes eran esos miserables.

Usted con sus socorros, ha hecho que esos herejes escapen al castigo que tan merecido tienen, y por lo tanto es usted su cómplice, incurriendo en el delito de lesa majestad divina y humana.

Mi señora, como si estas terribles palabras la hubiesen hecho recobrar toda su serenidad, repuso:

—Padre, donde usted ha visto á dos liberales, yo no ví más que á dos hombres enfermos.

Y si usted predica desde el púlpito la persecución y el exterminio, Dios en la montaña predicó la paz y la misericordia.

Por lo tanto, usted en esta ocasión puede proceder como le parezca, yo tengo tranquila mi conciencia.

¡Ay, don Andrés! no puede usted figurarse el efecto que estas palabras produjeron en el señor cura.

Viendo que ya no animaba á los escopeteros el deseo que él les despertó, con entonación iracunda repuso:

—Señora, no puedo consentir que una mujer contagiada por la herejía y abandonada de Dios, desde el momento que faltó á sus mandatos, intente darme lecciones de caridad cristiana.

Mi fe es tan grande como la de aquel rey que con mano firme supo contener los progresos de la herejía.

Muchachos, todos sois labradores y sabéis que la mala yerba crece y arraiga mucho.

Para arrancarla de raíz, imitemos al gran Felipe II, cuando dijo aquellas nobles y cristianas palabras:

—Si supiera que mi hijo se contaminaba con la herejía, sería el primero en llevar el haz de leña para quemarle.

CAPITULO XX

También soy emigrado

Otra vez impidieron las lágrimas que Antonia continuase su relato.

En cuanto á don Andrés, tan dolorida tenía su alma y tan encontradas ideas batallaban en su cerebro, que su cuerpo temblaba como si le agitase la fiebre.

—Prosigue,—dijo á la chica.

Ya te he dicho que tengo valor para saberlo todo.

—Como final de su discurso, el cura agregó:

—Todas esas disculpas son inútiles; usted, señora, á desobedecido al rey, y por lo tanto queda usted presa en su casa hasta que vuelva su esposo, que desde ahora y en nombre de la religión, deja de ser alcalde de este cristiano pueblo.

Tanto usted como él, serán conducidos á la cárcel.

—Mi esposo es inocente, y si alguien en esta casa es culpable, lo soy yo, repuso doña María con desesperado acento.

—¡Infeliz! ¡Siempre noble y generosa.

Se sacrificaba por salvarme,—balbuceó don Andrés oprimiéndose el pecho, como si quisiese contener los violentos latidos de su corazón.

—Pero ¡ay! á mi pobre ama, acordándose de usted le faltaron las fuerzas y tuvo que sentarse.

El llanto corría por sus mejillas, exclamando:

—¡Dios mío, si es inocente, porque ha de pagar él lo que yo he hecho!

—Esas lamentaciones son tardías,objetó el cura.

—No puede usted imaginarse cuanto sufrí al presenciar esta escena, desde un rincón de la sala,—terminó la sirvienta llorando.

—Sí, lo adivino, por lo que yo padezco ahora,—agregó don Andrés con acento febril.

—La señora, viéndose perdida, fijó sus ojos en mí como diciéndome:

Corre y avisa á don Andrés de cuanto sucede y ruégale en mi nombre que se salve, que huya y no cometa la imprudencia de entrar en el pueblo,—terminó la criada con voz suplicante.

—¡Eso nunca!—repuso el alcalde con energía.

No seré tan miserable que la deje abandonada á su suerte.

¡Pobre María! ¡Ella tan noble y generosa verse tratada por ese infame sacerdote como una criminal!

Don Andrés se enjugó una lágrima que brotó de sus ojos.

En aquel momento comparaba la conducta de Antonia con la del cabrero, estimando en lo mucho que valía la abnegación de la criada.

—¡Miserable Cabezota!—balbuceó crispando los puños.

Al pensar que por ese infame sufren mi María y mis pobres hijos, siento deseos de hacerle pedazos.

Antonia, insistiendo en lo que su señora la encargó, volvió á decir:

—¡Señor! huya usted, que más podrá hacer por su familia estando libre, que preso como mi pobre señora se encuentra.

—¿Quieres que la deje sola?—repuso con energía.

¡No, y mil veces no!

Mi deber es correr á su lado y allí estaré antes de media hora.

—¿Y qué conseguirá usted con ello?—exclamó la chica con desesperación.

Perderse y no salvarla.

Sepa usted que yo me admiro de que me hayan dejado en libertad.

Además, el padre de la señora, tengo por seguro que ya estará á su lado.

Don Andrés lanzó un profundo suspiro.

La muchacha continuó diciendo:

—Custodiando á la señora quedaron en la sala el cura y cuatro escopeteros, los demás se escondieron, unos en la cuadra para vigilar el corral, otros decian que iban á emboscarse en las afueras del pueblo para sorprender á usted cuando llegase.

Como yo no podía escaparme en aquel momento por no hacerme sospechosa, entré con algunos de ellos en la cocina, donde me mandaron encender una buena lumbre.

Bien sabe Dios que en aquel instante les hubiese querido ver arder á todos ellos.

El alguacil, con un descaro que me dejó fría, me mandó que les sacase vino y queso, diciendo:

—Anda, danos vino de ese bueno, que guardabas para tu amo cuando volvia de perseguir liberales.

Te haces la cuenta de que venimos con él.

En vez de queso tráete pan candeal, que aquí tenemos cecina y chorizos para engañarle.

En menos de cinco minutos, descolgaron cuanta carne y embutido habia en la cocina y se lo repartieron como si fuese suyo.

—¿También el alguacil se olvida de que sin mí se hubiera muerto de hambre en algunas ocasiones?

—Cuando se cansaron de comer y de beber, el alguacil añadió:

—Ahora á guardar silencio, no sea que nuestro alboroto espante la caza.

¡Bonita cara pondrá el alcalde cuando vea que le

echan el guante los mismos que le acompañábamos por el monte.

Y cómo se habrá reído de nosotros llamándonos tontos, viendo que en vez de los liberales que él tenía en su casa, cogíamos mojaduras y resbalones.

Estas palabras me llenaron de miedo, pero sin embargo, tuve valor para disimular.

Por el momento, la salida no me era posible, pues detrás de la puerta colocó el alguacil á cuatro escopeteros, con orden terminante de que se echasen sobre usted tan pronto como entrara en la casa.

Cada momento que transcurría era mayor mi agitación, temiendo su llegada.

Por fin, y dispuesta á jugar el todo por el todo, tuve una idea salvadora, y cogiendo un jarro de vino y un trozo de cecina, me fuí á la cuadra y se lo entregué á los que vigilaban el corral, diciéndoles:

—De parte del señor cura, que tomen ustedes esto.

Uno de ellos me repuso:

—Gracias, y á la salud del verdugo que ha de ahorcar á los que protegen á los pícaros *negros*.

Viéndoles entretenidos en repartirse el vino, me escondí en el cobertizo, y poco á poco fuime deslizando hasta ganar la tapia del corral, la salvé, y corrí en busca de usted.

—¡Gracias mujer! este servicio no le olvidaré nunca,— dijo don Andrés con profunda gratitud.

—Pues si de algún modo quiere usted recompensarme, vuélvase á Portugal.

—Eso no es posible; ya te he dicho que mi obligación es estar al lado de mi esposa,—agregó el alcalde con energia.

—Y yo vuelvo á rogarle que reflexione y me diga ¿qué adelantará con perderse de ese modo?—agregó Antonia con acento suplicante.

Comprendo que en este momento no se halla usted en estado de reflexionar.

Oigame usted.

No creo que el cura ni los jueces sean tan infames, que se ensañen en una señora como doña María, que es tan buena y tantas simpatías tiene en el pueblo.

Si le cogen á usted, no sólo no conseguiremos salvarla sino que contribuye á que se agrave su situación.

De modo, que ya que no por usted, huya al menos por ella.

—El huir es una cobardia,—interrumpió don Andrés.

—¿Y si no hay otro remedio?

Don Andrés quedóse reflexivo, diciendo al fin:

—Dices bien, mi presentación sólo servirá para que tengan una víctima más.

Me vuelvo á Portugal, pero si consigues hablar con mi esposa, dila que no la abandono á su suerte, y que haré cuanto pueda por salvarla, aunque me cueste la vida.

Ahora, tú vuélvate al pueblo para evitar sospechas, no sea que también quieran cometer contigo otro atropelllo.

Don Andrés montó á caballo, y con la mirada centellante, fija en dirección á su pueblo, exclamó:

—¡Así recompensa el rey y el clero á los que les sirven con fidelidad!

Adiós, Antonia, y que el cielo te dé buena suerte y se apiade de mí y de los míos.

—Adiós, señor, y hasta que él quiera que tornemos á vernos.

El alcalde aplicando las espuelas á los ijares de su cabalgadura, partió á toda brida en dirección á la frontera, diciéndose:

—¡También yo soy emigrado!

CAPITULO XXI

El encuentro

Tan preocupado marchaba don Andrés, que no se cuidó de internarse en el monte, dejando á su caballo que corriese por la ladera.

En esta disposición caminó un buen trecho, más como el bruto iba cansado y no le hostigaban, se puso al paso.

En el momento que descendía por una ondulación el caballo hizo alto, y enderezando las orejas lanzó un relincho.

El alcalde se enderezó en los estribos dirigiendo su mirada á todas partes, pues como buen jinete conocía que el caballo le daba aviso de la proximidad de otros.

Dispuesto á todo, empuñó la escopeta, diciendo:

—¿Será la gente que el cura habrá enviado en mi persecución?

Sí, ellos serán, pues por este sitio y á estas horas no puede ser otra.

Más como era una temeridad que un hombre solo tratase de hacer frente á muchos, no teniendo más armas que la escopeta y el cuchillo de monte, Muñoz, torciendo las riendas, se internó en la espesura.

Una vez en ella, para que la maleza le encubriese mejor, echó pié á tierra, tapando la cabeza de su caballo con el capote, único modo de evitar que estos animales relinchen; conociendo el alcalde el tesón con que el cura perseguía á los liberales, sospechó que hubiese dado aviso á algún destacamento de caballería, de los muchos que entonces vigilaban la comarca.

No tardó en percibir pisadas de caballos en la misma dirección que él había traído.

Para dominar mejor el terreno se subió en un peñasco rodeado de maleza.

Juzgue el lector cuál sería la situación del alcalde, creyéndose perseguido por sus mismos paisanos.

Transcurridos algunos instantes, al trote largo pasaron por delante de él dos jinetes, que á pesar de lo oscuro de la noche conoció que eran contrabandistas en los trajes y arreos de los caballos.

Ambos empuñaban sendos trabucos, llevándoles terciados en la perilla de la montura.

Con frecuencia y no obstante la marcha de los caballos aquellos hombres se enderezaban sobre los estribos para el mejor reconocimiento del terreno.

Como el que huye por animoso que sea su espíritu siempre teme, el alcalde sintió que se le oprimía el corazón, quedándose inmóvil para que el ruido de la maleza no le denunciara.

Gracias á que su caballo no se movió, pasaron los contrabandistas sin apercibirse del fugitivo.

Como en aquella época en las aduanas de Portugal gravaban en muy poco las manufacturas inglesas, había en Extremadura mucha gente que dedicábase al contrabando de paños, trayéndoles del vecino reino á las provincias del interior.

Los contrabandistas cuando iban en regular número, con el fin de que las fuerzas del resguardo no les cogieran de improviso, destacaban siempre un par de ellos para que hiciesen la descubierta.

Don Andrés, no ignorando nada de esto, aguardó á que pasasen los demás.

Pero el tiempo transcurría sin que apareciera el grueso de la partida y lo que era peor para él, las tinieblas de la noche iban disipándose de tal modo, que de prolongarse aquella situación, cuando llegase á la frontera, el sol inundaría completamente á la tierra con su luz.

Por lo tanto, no le quedaba otro recurso que pasar el

dia en el monte, aguardando á que volviese la noche y expuesto á que le descubriesen sus perseguidores.

Con afanosa mirada buscaba Muñoz al grueso de los contrabandistas.

Al fin, descubrió á lo lejos un grupo de diez jinetes que se aproximaban.

Por un instante estuvo indeciso sobre si continuaría en su escondite ó presentarse á ellos, más recordando que el dedicarse á defraudar la hacienda, no excluía el ser acérrimo partidario del absolutismo y odiar á muerte todo lo que oliera á liberal, se estuvo quieto.

A medida que avanzaban pudo reconocer mejor al grupo de jinetes, y se dijo:

—Son ceclavíneros.

¿De dónde vendrán?

¡Quién lo sabe! Los de Ceclavín llegan en sus correrías hasta la Mancha.

Quizá vengan de Toledo.

El traje de los contrabandistas era muy parecido al de los andaluces, diferenciándose sólo en algunos detalles y en que muchos preferían el cinto de cuero negro que les cubría la mitad del pecho y era tan duro que á cierta distancia no la atravesaba una bala, á las fajas de seda.

Ya muy cerca de él, uno de los caballos relinchó.

Los jinetes hicieron alto, y como hombres duchos en evitar que les cercaran por todas partes, se dividieron en parejas, formando un frente bastante extenso.

Hecha esta operación empuñaron los trabucos esperando de este modo que les acometieran.

Transcurrieron algunos momentos y el jefe de los contrabandistas viendo que nadie aparecía, exclamó:

—Mi caballo cuando relincha es que me avisa de que hay alguien cerca y con armas, pues tiene la propiedad de olfatear la pólvora. Si son muchos, ellos saldrán.

Don Andrés, viéndose descubierto, apretó los puños con desesperación.

Por un momento pensó en huir.

¿Mas de qué le serviría el intentarlo, si los caballos de aquella gente sabía corrian por las breñas lo mismo que corzos?

Además, era casi seguro que alguno de ellos disparase su trabuco sobre él, en cuyo caso podía considerarse muerto, pues los contrabandistas rara vez erraban sus disparos.

—Puesto que no salen, iremos á buscarles,—dijo el jefe adelantándose con precaución.

—Lo raro es que los exploradores no les hayan descubierto,—repuso uno de sus compañeros.

—Que quieres, los del resguardo saben mucho, y están muy escarmentados para atacarnos de frente.

—No hay remedio,—se decía en tanto don Andrés con desesperación.

Me han descubierto, y esa gente acostumbrada á exponer su vida, no huye más que cuando quiere salvar sus cargas.

Seguiré mi suerte, y sea lo que Dios quiera.

El alcalde montando á caballo, salió de la espesura.

Al moverse el ramaje, los contrabandistas apuntaron con sus trabucos.

Muñoz no se inmutó al verse recibido de tan extraña manera.

—¡Eh, amigo! ¿viene usted solo?—le gritó el jefe.

—Solo vengo,—repuso Muñoz con entonación natural.

En este momento el jefe de la partida miraba al alcalde con extraña fijeza, exclamando al fin:

—Pero don Andrés, ¿cómo usted por aquí y á estas horas?

—¡Miguelillo!—repuso el alcalde con verdadero júbilo al reconocer á su interlocutor.

El contrabandista, acercándose, le estrechó una mano, exclamando con cariñosa reprensión:

—¿Por qué diablos se oculta usted?

¿Es que tiene miedo á los amigos, ó ha querido darnos un susto?

—Nada de eso, el susto me le habéis dado vosotros.

—Entonces no me lo explico, y más viendo que yo mandaba la gente.

—Que quieres Miguelillo, cosas de la vida.

Hoy por tí y mañana por mí,—repuso Muñoz con tristeza.

—Don Andrés, ignoro lo que le haya podido suceder.

Sí que me extraña mucho verle á usted por aquí, más yo á los amigos nunca les pregunto á dónde van.

Si usted me necesita para algo, ya sabe que puede dis-

poner de mí, pues Miguelillo es agradecido y nunca se olvida de las personas que le hacen algún bien.

—¡Gracias!—exclamó don Andrés, conmovido por las palabras del contrabandista, á quien dijo después:

—No acostumbro á acordarme nunca de los favores que la casualidad me puso en condiciones de hacer. Escúchame, y sabrás el motivo por qué me encuentras aquí.

El alcalde y Miguelillo se separaron del grupo que los contrabandistas volvieron á formar al ver que no habia peligro.

Don Andrés refirió á Miguelillo lo que le pasaba, y éste puso á su disposición cuanto era y valía.

Verdad es, que al obrar así, no hacia más que corresponder á beneficios recibidos.

No hacía mucho tiempo, que una noche en la sierra y cerca del pueblo de Muñoz, el contrabandista y los suyos tuvieron un encuentro con las fuerzas del resguardo.

Quiso su desgracia que para salvar el rico contrabando que conducian, tuviesen que batirse en retirada.

Como tenían que habérselas con cuádruple número, para no dejarse cercar se desbandaron.

A Miguelillo le hirieron en un muslo, con tan mala suerte, que la misma bala mató al caballo.

Herido y desmontado el contrabandista, para no caer prisionero, fué arrastrándose entre las breñas, hasta que

tuvo la suerte de llegar á un chozo de pastores propiedad de Muñoz.

El alcalde, cuando supo que sus pastores habían recogido á un ceclavinero, se olvidó de que era autoridad, para acordarse sólo de que era caballero y compasivo.

De su casa salieron los vendajes, medicinas, alimentos y todo cuanto se necesitó para la completa curación del herido.

No contento con esto, él mismo se presentó en el chozo, dando seguridades á Miguelillo, de que mientras estuviese allí no le prenderían.

Cerca de un mes pasó el contrabandista curándose, y cuando se halló restablecido, Muñoz le facilitó un caballo para que pudiera reunirse á sus compañeros.

El relato de don Andrés produjo tanta emoción en el ánimo del contrabandista, que después de ofrecérsele como ya hemos visto, le dijo:

—Nada me importan á mí las ideas políticas. Lo que usted ha hecho por esos dos desgraciados, es noble y bueno, y yo lo aplaudo con toda mi alma.

Lo que más me extraña es que el cura se haya atrevido á prender á su señora de usted.

Pero no estará presa más que el tiempo que usted quiera, porque yo por doña María y por usted, soy capaz de pegar fuego á toda Extremadura,—terminó el contrabandista con entereza.

—¡Gracias, Miguelillo! por ahora no quiero más que me acompañes á Portugal; pero si mañana me son necesarios tus servicios, aceptaré tu ofrecimiento.

—¡Qué es hecho con toda el alma!—objetó el contrabandista llevándose la mano al corazón.

—Te repito que lo estimo en lo que vale.

—¿Y dónde va usted?

—A Yelves, á unirme con los Vallejos.

Siento no poder quedarme con usted, pues he de ir con mi gente á Campo Mayor, pero tan pronto como termine mi negocio, le buscaré.

Ahora en marcha, que se va haciendo casi de día.

Los contrabandistas para ganar el tiempo perdido, pusieron los caballos á media rienda.

Don Andrés marchaba en el centro de ellos.

CAPITULO XXII

Propósitos de salvación

Hacía cerca de una hora que el sol iluminaba la tierra, cuando después de atravesar un terreno abrupto, sin el menor contratiempo, don Andrés y los que le acompañaban ganaron la frontera de Portugal.

Una vez en el reino lusitano, siguieron un camino de herradura hasta llegar á una pequeña ondulación donde se dividia en dos, uno de los cuales conducía á Yelves y á Aronches el otro, para llegar después á Campo Mayor.

Miguelillo mandó á su gente que continuase la marcha; él se detuvo para despedirse de don Andrés, diciéndole:

—¿Si quiere usted le acompañaré hasta Yelves?

—No hace falta.

Demasiado has hecho con ponerme á salvo,—repuso el alcalde tendiéndole la mano.

—No hablemos de eso, y hasta la noche que nos reuniremos en la posada de Yelves,—dijo Miguelillo, poniendo al trote su cabalgadura.

Si bien desde que penetró en territorio portugués no corría Muñoz peligro alguno, no por eso su espíritu recuperó la tranquilidad, reprochándose con frecuencia el haber seguido el consejo de su criada.

Dejemos á don Andrés caminar hacia Yelves y ocupémonos de los Vallejos.

En la población portuguesa no había en aquel tiempo más que dos posadas muy suficientes para los viajeros que llegaban á ellas.

Vallejo y su hijo sin preocuparse en lo más mínimo de que fuese ó no la preferida de los contrabandistas, buscaron albergue en la primera que les deparó la suerte.

Como ya estaban en salvo de toda persecución, volvió á reinar la tranquilidad en sus pechos, así es que después de hacerse servir una buena cena pidieron que les señalasen habitación.

Una sala espaciosa, donde el posadero había colocado dos camas bastante aceptables, una mesa y media docena de sillas, constituían todo el mueblaje de aquella estancia.

A Ricardo aquello le pareció tan hermoso como un palacio.

—¡Gracias á Dios que podremos dormir tranquilos!

—Falta nos hace,—repuso su padre con alegría.

La vida de campaña, á pesar de lo fatigosa que es, se soporta bien.

La del fugitivo nunca creí que fuese tan horrible.

Excusado es decir, que tan pronto como los Vallejos cayeron en el lecho, se quedaron profundamente dormidos.

Salió el sol y aunque nuestros personajes eran madrugadores, continuaban en brazos de Morfeo.

Serían las nueve de la mañana cuando Muñoz llegó á Yelves, encaminándose directamente al alojamiento de los Vallejos.

Una vez en la posada, desmontándose del caballo que entregó á un criado, hizo que le condujesen á la habitación de sus amigos.

Al ruido que produjo la puerta al abrirse se despertó el veterano brigadier, que sorprendido con la presencia de su salvador, exclamó:

—¡Qué es eso, don Andrés!

¿No ha juzgado usted prudente volverse al pueblo?

—Sí, más las circunstancias me obligaron á buscar refugio al lado de ustedes.

¡Yo también soy emigrado!—profirió Muñoz con tristeza.

El brigadier, lleno de admiración, no supo qué responder.

—Quien me iba á decir, cuando salí de mi casa acompañando á ustedes, que no podría regresar á ella,—prosiguió don Andrés con acento de dolor.

El buen señor, cogiendo una silla, tomó asiento al lado de la mesa.

El veterano se vistió precipitadamente diciendo á su hijo:

—¡Arriba, Ricardo! Don Andrés nos necesita y debemos estar á su lado incondicionalmente.

De un salto dejó el joven el lecho, y padre é hijo tardaron muy poco en estar al lado del afligido esposo.

—En realidad, no sé lo qué puede haberle sucedido, más sospecho que nadie más que nosotros es la causa de su infortunio,—exclamó Ricardo.

—No se culpen ustedes; sólo la perfidia tiene la culpa de mi desgracia,—repuso el alcalde con nobleza.

Don Andrés, callando la exigencia de Cabezota para con su esposa, refirió cuanto le dijo su leal sirvienta.

Durante el relato sus ojos se llenaron de lágrimas y frecuentes suspiros se escapaban de su dolorido pecho.

En el semblante de los Vallejos, se retrató la más profunda indignación.

—¡Miserables! esa gente son todos lo mismo,—rugió el brigadier crispando los puños.

El absolutismo no reconoce más ley que el capricho de un hombre.

La familia y la caridad nada significan para la atenuación de sus odios.

—¡Oh! dice usted bien, y reniego de la idea que ha de vivir á costa de miles de existencias y del fanatismo que convierte á los hombres en verdugos,—exclamó Muñoz con vehemencia.

—¿Se convence usted de que las ideas de progreso son las más justas y más santas que existen?

—Padre, dejemos á un lado la política para pensar sólo en que doña María está presa y hay que salvarla á toda costa.

A su caridad debemos la vida y es justo que por su salvación la sacrifiquemos.

—Dices bien, hijo mío. Esta noble señora merece que si es preciso muramos por ella,—repuso el veterano, enorgullecido de la nobleza con que habló Ricardo.

Don Andrés, lleno de gratitud, les estrechó las manos.

En aquel momento Muñoz lloraba como un niño, y balbuceó:

—¡No me engañó el corazón, al decirme que ustedes me ayudarían!

—No somos ingratos, ni cobardes,—repuso el joven oficial.

—¡Gracias! y acepto su ofrecimiento.

Estoy tan impaciente por ver á María á mi lado, que los momentos me parecen siglos.

La sola idea de que la infeliz esté en la cárcel me horroriza, y hasta temo que lleguemos demasiado tarde para salvarla,—añadió Muñoz con entrecortado acento.

Como si el tanto llorar le avergonzara, ocultó su semblante entre las manos.

Padre é hijo, respetando su dolor, guardaron silencio.

Ricardo, como más impetuoso, dejaba adivinar su impaciencia por correr al pueblo y arrancar de la cárcel á su noble bienhechora.

Pasado algún tiempo y con reflexiva al par que cariñosa entonación, el brigadier exclamó:

—Don Andrés, le suplico que se tranquilice para que con calma podamos disponer la manera de salvar á doña María.

—Dice usted bien, más en pocas horas llevo sufrido tanto, que á pesar de todos mis esfuerzos, la calma huye de mí.

Sin embargo, pensemos lo que nos conviene hacer,—repuso Muñoz enjugándose las lágrimas.

—¿Cuántos vecinos tiene el pueblo?

—Unos ciento veinte; pero debo advertirles que gran número de ellos se dedican al pastoreo y pasan casi todo el tiempo en el monte.

—¿De modo que cuántos hombres quedarán capaces de empuñar un arma?

—Con certeza no lo sé; más en mis expediciones, y obligando á todo el mundo á que me acompañara, nunca pude reunir más de cuarenta escopeteros.

—Es decir, que somos tres hombres para cuarenta,—agregó Vallejo quedándose reflexivo.

—Padre, el número debe importarnos poco para cumplir con nuestro deber,—agregó el joven con impetuosidad.

El veterano, después de contemplarle un momento, repuso sonriéndose:

—¡Donosa salida!

Si fueras general en jefe, ya pensarías las cosas de otro modo, á no ser que tuvieras empeño en sacrificar inútilmente á tus soldados.

Cuando se trata de dar un golpe de mano, hay que hacerlo de manera que haya probabilidades de éxito.

¿Qué adelantaríamos con hacernos matar, si no lográbamos salvar á doña María?

Es preciso ver la manera de dar el golpe sobre seguro.

—¡A la paz de Dios, señores!—exclamó desde la puerta una voz varonil.

Al oir estas frases pronunciadas por Miguelillo, los Vallejos se pusieron en pié, sorprendiéndose al contemplar al contrabandista.

—Soy amigo de don Andrés,—agregó Miguelillo para tranquilizarles.

—¡Adelante!—repuso el veterano.

Don Andrés después de presentárseles, agregó.

—A él le debo el hallarme al lado de ustedes.

—No he hecho más que corresponder en parte á una deuda de gratitud.

Más no hablemos de ese asunto,—repuso Miguelillo con vehemencia.

Otro más importante me ha hecho dejar á mi gente camino de Campo Mayor, comprendiendo que usted estará devorado por la impaciencia de ver libre á su digna esposa.

—Entonces ya somos cuatro,—agregó Ricardo con alegría.

—No, cuatro, sino quince,—repuso el contrabandista.

Número muy suficiente para arrasar el pueblo si no nos entregan á doña María.

No me importa saber lo que ustedes habrán hablado respecto á este punto; pero sepan que mi partida y yo estamos incondicionalmente á las órdenes de don Andrés, para intentar su libertad.

—A las de este caballero,—balbuceó Muñoz señalando al brigadier.

—Comprendo, y acepto la dirección de la jornada,—replicó Vallejo.

—Me es lo mismo.

Le advierto, que mis doce hombres están bien armados, pues con el trabuco y el par de pistolas que llevan,

son capaces de ir al fin del mundo, y el que dude de su valor, puede preguntarle á los del resguardo que tal son los muchachos de Miguelillo.

—Ya no hay que vacilar, doña María se salva ó se pega fuego al pueblo,—repuso Ricardo con decisión.

CAPITULO XXIII

Así se arreglan las cosas

Con objeto de formar su plan, Vallejo pidió á Muñoz algunos detalles sobre la situación del pueblo, y particularmente de la cárcel.

—La cárcel, como casi todas las de los pueblos, no tiene nada de particular,—repuso don Andrés.

En la casa del Ayuntamiento se habilitó para prisión una cuadra, poniéndola una sencilla reja y una puerta nueva.

No tiene comunicación con la calle, la única ventana que hay da á un corral.

—Aunque la cárcel fuera de piedra y de hierro, salvaríamos á doña María,—agregó el fogoso Ricardo.

—Somos quince hombres, que nos sobramos para dar

el golpe y pegar fuego al pueblo por los cuatro costados si se nos antoja,—añadió el contrabandista.

Por primera vez en su vida sintió Muñoz deseos de combatir.

¿Contra quién? al hacerle esta pregunta difícilmente hubiese contestado.

Solo sabía que para salvar á su esposa era necesario entrar en el pueblo á mano armada, presintiendo que sería inevitable derramar sangre.

Quien más impaciente se mostraba de todos era Ricardo.

El joven oficial sentía tanta veneración por su bienhechora, como la que tuvo por su madre.

Aunque parezca raro, Miguelillo acostumbrado á mandar, no tenía inconveniente que en aquella ocasión su partida fuese á las órdenes de otro.

A poco de oscurecer, el contrabandista dirigiéndose al veterano, profirió:

—Mi brigadier, ya es hora de que montemos á caballo, pues con el fin de no alarmar á nadie y que fuesen con el soplo á los del resguardo, dí orden á mis muchachos de que nos esperasen en la encrucijada.

La encrucijada era el punto donde se unían los caminos de herradura de Yelves y Campo Mayor.

Nuestros cuatro personajes montaron á caballo, saliendo de la ciudad portuguesa.

Al llegar á la encrucijada, se encontraron á los muchachos de Miguelillo que tranquilamente esperaban á su capitán.

—Esta es mi partida,—exclamó el contrabandista con orgullo.

¿Qué le parecen á usted estos chicos?

—Buena gente.

—Y que bate el cobre que es un gusto: casi todos han sido guerrilleros durante la guerra contra los franceses, y meten una bala por el ojo de una aguja,—agregó Miguelillo con entusiasmo.

A todo esto los contrabandistas habían formado con tanto orden como pudieran hacerlo jinetes disciplinados.

—Con permiso de usted voy á cantarle la cartilla á mis muchachos,—balbuceó Miguelillo.

Para el contrabandista, cantar la cartilla era lo mismo que darles órdenes.

El jefe de los ceclavíneros, colocándose en el centro de ellos, les dijo:

—Muchachos, por esta noche no soy vuestro jefe: éste caballero,—y señaló al veterano,—es el que nos manda á todos.

Por lo tanto, obedecerle lo mismo que á mí.

Os advierto que no quiero disgustos,—terminó el contrabandista con acento que tenía bastante de amenazador.

Sin tomar ninguna clase de precauciones se pusieron en marcha.

Próximos á la línea divisoria hicieron alto.

Miguelillo como hombre muy conocedor del terreno, dijo entonces:

—Mi brigadier, usted me permitirá que le sirva de guía, pues desde este punto debemos tomar nuestras precauciones.

—Con mucho gusto, puede usted mandar que avancen los flanqueadores.

El contrabandista destacó dos parejas, según era costumbre para que fueran descubriendo el terreno.

No obstante esta precaución, Miguelillo no temía un mal encuentro, pues si los *espoliques* de la aduana dieron soplo de la presencia de la partida, también les dirían que no llevaban contrabando, y en este caso los del resguardo, poco amigos también de exponerse para no ganar nada, les dejarían franco el paso.

Cuando llegaron al sitio en que la criada salió al encuentro de don Andrés, Vallejo mandó detenerse.

Dividió la partida en tres grupos, uno al mando de Miguelillo, en el que iba el alcalde; otro al de su hijo, y el último dirigido por él.

En esta forma se acercaron al pueblo.

La oscuridad de la noche y el viento fuerte que reinaba, favorecían sus propósitos.

Por tres puntos diferentes y á la vez penetraron en el pueblo, en el que reinaba absoluto silencio.

Reunidos de nuevo en la plaza, mandó el brigadier al grupo de Miguelillo que cercase la cárcel, mientras él con su gente, obligaba al carcelero y guardia del ayuntamiento á que le franquease la entrada.

Ricardo quedaría con los suyos vigilando por si intentaban sorprenderlos.

A medida que se aproximaban al ayuntamiento el corazón de don Andrés latía con extraordinaria violencia.

Allí, entre aquellas paredes, encontrábase su esposa y sus hijos, llorando su infortunio y acordándose de él.

El veterano no hallábase menos conmovido que el alcalde, pero las contrariedades le habían enseñado á dominar sus emociones.

Frente á un edificio que en nada se diferenciaba de las demás casas del pueblo, Muñoz exclamó con emocionada entonación:

—¡Hemos llegado! este es el ayuntamiento y aquí está el local destinado á cárcel.

—¡Alto! muchachos,—agregó Vallejo.

Que se adelante uno y llame.

Un contrabandista se acercó á la puerta y sin desmontar la golpeó con la culata de su trabuco.

Pasados algunos instantes y viendo que no respondían repitió la llamada.

Obtuvo la misma contestación, entonces dirigiéndose á Vallejo, lleno de impaciencia, exclamó:

—Mi brigadier se hacen los sordos, y no es cosa de que si siguen así les dejemos la enfermedad sin curar.

—Vuelve á llamar,—repuso el veterano.

El contrabandista, sin andarse por las ramas, aplicó sus labios á la cerradura y gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—Carcelero de los diablos ó abres la puerta inmediatamente ó la descerrajo de un trabucazo.

El acento con que fueron pronunciadas estas frases, dió á entender al carcelero que tenía que habérselas con gente decidida, y antes de darles lugar á que cumplieran su amenaza, franqueó la entrada.

La figura del carcelero con un farol en la mano, era de lo más cómico que puede el lector imaginarse.

Gracias á ser un viejecillo se salvó de que el contrabandista le descargara un culatazo en las espaldas; pero ya que no le castigó, le dijo:

—Amigo, ¿es usted algún príncipe para obligarnos á guardar antesala?

—Ustedes perdonen,—respondió el viejo lleno de miedo,—mas como soy algo sordo no oí llamar.

Miguelillo, que no quería perder tiempo, dejó á su gente y se acercó al brigadier, en el instante en que éste exclamaba con enérgica entonación:

—Eche delante y guíanos á donde tiene los presos.

El veterano, Miguelillo y Muñoz, se desmontaron y armándose con las pistolas, penetraron en el ayuntamiento.

El carcelero, viendo al alcalde, lleno de asombro exclamó con acento suplicante:

—Señor alcalde, ¡por Dios! que no me hagan nada.

Ya sabe usted que soy un hombre de bien que no me meto con nadie.

—¿Se ha creído usted que somos bandoleros?—le interrumpió Vallejo bruscamente.

Guie usted y menos palabras.

El carcelero, algo más tranquilo, guardó silencio.

El alcalde, no pudiendo contenerse, se adelantó al grupo y salvando el corral á la carrera, llegó á la puerta del calabozo, golpeando con fuerza al par que exclamaba con febril ansiedad:

—¡María, soy yo que vengo á salvarte!

El silencio respondió á las palabras de Muñoz.

—¡Pronto la llave!—gritó con acento imperativo.

—Pero si no hay nadie en ese calabozo,—repuso el carcelero.

—¿No están aquí mi señora y mis hijos?—preguntó el alcalde con desesperación.

—No, señor.

—¿Dónde están? Tú lo sabes y me lo has de decir en seguida,—gritó Muñoz oprimiendo nerviosamente un brazo del carcelero.

—No lo sé, salieron con el cura y los escopeteros,—repuso el desdichado ahogando un ¡ay! de dolor.

—Con su verdugo,—rugió don Andrés mesándose los cabellos, agregando luego:

—¡Y he comprometido á mis amigos para dar un golpe en vago!

Vallejo, con los ojos chispeantes de furor, miraba

al anciano queriendo adivinar la verdad de sus palabras.

—Este hombre no miente,—se dijo en el momento que alzaba el brazo para amenazarle con una pistola.

Miguelillo asiendo á la vez al viejo de un brazo, le dijo con decidida entonación:

—Esto lo arreglo yo muy pronto.

—¿Qué va usted á hacer?—le preguntó el veterano.

—Déjenme obrar con libertad,—y dirigiéndose al carcelero agregó:

—Abre el calabozo.

Una vez cumplido el mandato, le dió un empujón exclamando:

—Tu oficio es encerrar gente, pero ahora se vuelven las tornas y vas á estar esta noche encerrado.

Mañana estarás en libertad, si tus vecinos quieren sacarte de aquí.

Te advierto que como des un solo grito, te hago polvo de un trabucazo.

Conque buenas noches y á callar,—terminó el contrabandista con acento amenazador.

Precipitadamente salió del ayuntamiento y montando á caballo, hizo una seña á los suyos para que le siguiesen.

El dolor tenía al alcalde desesperado.

El infeliz había concebido la esperanza de salvar á su esposa y al ver que no lo conseguía sufría horriblemente.

—¡Animo, don Andrés!—exclamó Vallejo alentándole.

Que no se diga que un contrabandista nos supera en corazón.

—Es verdad; aquí nadie está más obligado que yo á tener valor,—repuso el alcalde con entereza.

Poco tardaron ambos en hallarse á caballo y al galope fueron á unirse á Miguelillo, sin hacer caso del denunciador ladrido de algunos perros, á quienes alarmaron las pisadas de los caballos.

Excusado es decir que la casa del cura era la mejor del pueblo, estando edificada junto á la iglesia y dando frente á la plaza.

Miguelillo, sin más preámbulos, detúvose ante la puerta y comenzó á culatazos diciendo á sus muchachos:

– Estad prevenidos y si el cura se asoma con alguna arma, me le quitáis del medio de un trabucazo.

Poco después una voz de mujer, no muy fresca y bastante temblona respondió:

—¿Quién es?

—¡El demonio! Abra usted en seguida,—repuso Miguelillo hecho una furia.

Cuando el contrabandista penetró en la casa encontrándose con una mujer, no mal parecida y de unos treinta y cinco años de edad, la preguntó:

—Usted será el ama del cura, por lo tanto lléveme á su presencia.

Pero prontito que tenemos que ventilar un negocio que corre mucha prisa.

La pobre mujer, sobrecogida de terror, no acertaba á moverse.

Creyendo que Miguelillo y sus muchachos eran ladrones, se daba por muerta.

—Vamos, ¿no ha oído usted lo qué le he dicho?

No tenga usted miedo; nosotros no queremos el dinero de nadie,—agregó el contrabandista.

— El señor cura no está,—repuso el ama con balbuciente entonación.

—¡Qué no está el cura!—replicó Miguelillo dando una fuerte patada en el suelo.

—No, señor.

—Eso pronto lo veremos.

Muchachos, registrad la casa,—exclamó el contrabandista en acento imperativo.

Los chicos al registrar la alcoba, hallaron el lecho intacto; inspeccionaron hasta las sábanas.

—¡Están frías! el pájaro no ha dormido en la jaula,—dijo uno de los chicos.

—Vaya, señora,—agregó entonces Miguelillo,— usted no tendrá inconveniente en decirme dónde está su amo.

—No, señor,—repuso la infeliz algo más tranquila.

El señor cura salió del pueblo á las ocho de la mañana.

Miguelillo, no pudiendo disimular el mal efecto que le causaran estas palabras, apretó los puños, y volviéndose á sus acompañantes, agregó:

—Muchachos, registradme bien desde las tejas á la bodega, por si el pájaro está escondido.

Si le encontráis, traédmele de una oreja.

Ahora siga usted diciéndome por qué y con quién salió el señor cura.

El ama, con acento entrecortado, prosiguió:

—Se fué en compañia del alguacil y algunos escopeteros á llevar á Badajoz á la señora del alcalde, á la que prendieron por *negra*.

—A usted sí que la voy á poner negra, como no hable de doña María con más respeto.

Siga usted,—la interrumpió Miguelillo echo una verdadera furia.

—No puedo decirle nada más,—terminó el ama rompiendo á llorar.

El furor y la desesperación se apoderaron de tal manera de Miguelillo, que estaba tentado á matar al ama y hasta el gato de la casa; pues el contrabandista, poco amigo de los términos medios, tenía terribles accesos de ira.

En esto llegaron sus acompañantes á decirle que en la casa no había nadie.

—Ya que el pájaro ha volado, peguemos fuego á la jaula,—rugió el capitán.

—¡Por Dios, señor! ¿qué va usted á hacer?—balbuceó el ama con acento suplicante.

—Lo que me da la gana,—replicó Miguelillo furiosamente, añadiendo después:

—Muchachos, pegar fuego á la casa, así si el pájaro está escondido por casualidad, cuando menos se chamuscará las plumas.

Ya que no puedo de otra manera, así arreglo yo las cosas.

CAPITULO XXIV

Vengado

En la plaza del pueblo y llenos de ansiedad, aguardaban los Vallejos y Muñoz á que Miguelillo saliera de casa del cura.

El aspecto del contrabandista cuando se unió á ellos, era terrible.

El furor se retrataba en su semblante, y sus labios se movían como si balbuciesen sordas maldiciones.

—¿Qué hay? ¿Dónde está María?—le preguntó el alcalde mirándole con afán.

—Se la han llevado,—replicó Miguelillo crispando los puños.

El cura, temiendo que usted intentase algún golpe para

salvarla, la sacó esta mañana del pueblo, conduciéndola á Badajoz.

—¡Maldito sea!—rugió Ricardo oprimiendo la culata de una pistola.

En aquel instante el joven tenía sed de sangre, y ¡ay! del enemigo que hubiese encontrado en su camino.

El pobre don Andrés parecía haberse vuelto imbécil.

Sufría horriblemente.

Mesándose los cabellos, fijaba su vista en los Vallejos como si les pidiese consejo.

Quería hablar, pero su voz se ahogaba en su garganta á la vez que se esforzaba por contener el llanto.

Al fin exclamó con acento desgarrador:

—¡Pobre María! ¡Pobres hijos de mi alma! ¿Qué será de vosotros?

—Don Andrés, hagamos el último esfuerzo.

Tratemos de alcanzar á los escopeteros, aun que sea preciso reventar á los caballos,—exclamó el veterano.

—¡Es inútil! nos llevan más de quince horas de delantera.

Además, se habrán quedado á pasar la noche en algún pueblo importante, en el que sería una locura intentar una sorpresa,—objetó Miguelillo.

—¡No, no es posible salvarla!—repetía el alcalde torciéndose las manos con desesperación.

El destino quiere que suframos María y yo.

Durante mucho tiempo fui feliz á su lado y la dicha no es eterna.

Bien sabe Dios que sólo siento lo que nos sucede por ella y por mis hijos.

Don Andrés guardó silencio, pues el dolor le impedía proseguir.

Por nuestra parte, vamos á dar al lector algunos detalles sobre la salida del pueblo de doña María.

Cuando el cura vió que don Andrés no se presentaba en su casa, sospechó si habría recibido aviso, mandando que llamasen á la criada.

Esta que ya había regresado, sostuvo con tanta firmeza que ella no salió de la casa, que terminaron por creerla.

Entonces el cura dispuso que doña María fuese conducida á la cárcel, mas á poco de entrar en ella la criada solicitó que la permitieran seguir la suerte de su señora.

El miedo hizo al fanático sacerdote, ver dobles los objetos, y temiendo que dadas las simpatías de que doña María gozaba en el pueblo, éste se pusiese en su favor, determinó llevársela á Badajoz, encargando antes al alguacil que le tuviese preparada una partida de veinte escopeteros.

El por su parte habilitó un carruaje destartalado para que le ocupara su prisionera; única cosa en que se mostró algo considerado con ella.

De los niños se hizo cargo el padre de doña María, quien al tener noticia de que su hija iba á salir del pueblo, decidió acompañarla, con el fin de consolarla y cuidar de sus dos nietos.

La criada después de mucho suplicar consiguió que la permitiesen seguir la suerte de su ama.

Por fin, y poco antes de las ocho de la mañana, el cura jinete en una mula del país y con sus hábitos talares, amén del trabuco y las pistolas, seguido de sus escopeteros se presentó en la cárcel.

Doña María, su padre, los niños y la criada se acomodaron en el coche que se puso en marcha cercado por los escopeteros.

El cura iba tan satisfecho como debiera estarlo Hernan Cortés cuando penetró vencedor en la corte de Motezuma.

La orden que Miguelillo dió á los muchachos produjo su efecto.

Casi repentinamente el resplandor de las llamas que por puertas y ventanas se escapaban de la casa del cura iluminó la plaza.

Vallejo al contemplar el incendio, exclamó con asombro.

—¿Qué es eso?

—Nada,—repuso Miguelillo con naturalidad.

Cuando yo busco á un pájaro y no le encuentro, tengo la costumbre de quemar la jaula.

El brigadier como hallábase bajo el influjo de la ira no se incomodó porque el contrabandista hubiese cometido aquel desmán.

—Miguelillo, haces mal causando un daño que no nos reporta ningún beneficio,—dijo don Andrés cariñosamente.

—¡Qué quiere usted! no puedo remediarlo.

A mí quien me la hace me la paga.

Y en cuanto á que lo del fuego está mal hecho pregúnteselo usted á los muchachos,—terminó el contrabandista sonriéndose.

—Eso no, capitán,—replicaron los aludidos.

El fuego está hecho á conciencia.

Este prendió el pajar, el granero y los montones de leña que había en el corral.

Yo, por no ser menos, incendié la bodega, la cocina y el horno.

—¡Así arde la casa!—objetó Ricardo.

Tarea le mando al que intente apagarla.

En aquel instante las llamas cercaban por completo la morada del cura, amenazando no dejar piedra sobre piedra.

En esto comenzó á oirse el ruido de abrir puertas y ventanas.

Nuestros personajes mirando por última vez la casa del cura pusieron sus cabalgaduras al paso.

El aspecto que ofrecía el incendio era en extremo fantástico.

La destrucción dentro de sus horrores siempre tiene algo de hermosa, tal vez, porque está encarnada en el espíritu del hombre.

Aquella masa roja, amarillenta y aun algo azulada, despidiendo columnas de humo que se perdían entre la oscuridad de la noche, dibujaba con su luz la silueta del pueblo.

La campana de la iglesia dejó oir su acento metálico con rapidez suma.

—¡El toque de alarma!—exclamó Vallejo.

¡Al galope!

—Mi brigadier,—objetó el contrabandista.

Estoy tentado por dar una lección á los vecinos.

Así otra vez harán más caso de un hombre honrado que de un mal cura.

—No puedo permitirlo,—agregó el alcalde con precipitación.

Los vecinos no me han hecho ningún daño; son unos infelices que sólo pecan por ignorancia.

—Vaya, puesto que no hay otro remedio, correremos, —terminó el contrabandista.

Los jinetes tomaron el camino de Portugal, pero internándose en el monte.

A todo esto, seguía tocando la campana cada vez con más precipitación, como si con su tañido quisiere animar á los perezosos para que dejasen el lecho y acudieran á remediar el siniestro.

Vallejo, recordando las costumbres de los países donde había operado, exclamó:

—Si nos hallásemos en Cataluña, es más que probable que esta noche nos dieran algún disgusto.

—¿Por qué?

¿Acaso pueden tener miedo quince hombres como nosotros?—replicó Miguelillo con alguna jactancia.

—No es por eso; es que en Cataluña cuando toca la campana á arrebato, que allí se llama á somatén, se repite el toque en todos los pueblos de la comarca, y todos los vecinos se arman para ayudar al que pide su auxilio.

Esta es la manera de que en las montañas de aquel país duren poco las cuadrillas de bandoleros.

Ricardo que era de la misma opinión que el contrabandista, no se atrevió á manifestarlo por respeto á su padre.

De cumplirse los deseos del joven, en aquel pueblo no hubiera quedado nada en pié.

La gratitud que doña María le inspiraba era tanta, que por salvarla no hubiese vacilado en derramar arroyos de sangre.

La juventud es así; siempre arrebatada, pero siempre generosa.

El joven marchaba junto á Muñoz, tan triste y desesperado como él.

Su diestra seguía empuñando una pistola, como si al guardar aquella arma se desvaneciese su deseo de tener algún encuentro con los infames opresores de su bienhechora.

—¡Don Andrés!—exclamó con desesperación:

La fortuna nos ha vuelto las espaldas, y la previsión de ese infame sacerdote ha destruido nuestros planes.

Más este fracaso no quita para que se intente un nuevo esfuerzo.

Si usted quiere, estoy dispuesto á disfrazarme é ir á Badajoz, y allí acudiendo al soborno y á todos los medios que pueda, ver de libertar á doña María.

—Gracias, Ricardo,—balbuceó el alcalde con reconocido acento.

Pero lo que usted propone es un absurdo, que yo no puedo aceptar.

Es casi ir en busca de la muerte.

—Me importa poco la vida si la sacrifico en aras de mi gratitud.

Comenzaban á subir una eminencia, cuando de entre la maleza apareció un hombre que, por su manera de vestir y por su aspecto, denunciaba su oficio de pastor. Quiso huir, mas antes de que pudiese intentarlo, se encontró rodeado por los jinetes.

El pastor, que no era otro que Cabezota, iba armado con una escopeta, lleno de miedo, no supo qué hacer. Su

atónita mirada se fijó en Muñoz, y el terror sacudió con violencia sus músculos.

Entre los que le rodeaban se encontraba su amo, al que era deudor de infinitos favores, pagados de una manera tan villana como sabemos.

Don Andrés, fijándose en él, lleno de ira exclamó:

—¡Ah, miserable!

Tú eres la causa de todas las desdichas que pesan sobre mi familia.

—¡Perdón!—balbuceó el pastor con acento suplicante.

—¿Es este Cabezota?—preguntó bruscamente Ricardo.

—Sí, este es el infame que denunció al cura que ustedes estuvieron en mi casa.

El joven Vallejo no quiso oir más.

Tendiendo el brazo derecho apuntó con una pistola al pastor, é hizo fuego.

La detonación ahogó el lamento que al ser herido lanzó Cabezota.

La bala disparada por Ricardo se le alojó en la frente, haciéndole caer á tierra.

El chorro de sangre que brotaba de la herida, le cubrió el rostro.

Ricardo, mirándole despreciativamente, exclamó:

—¡Miserable! ¡ya no denunciarás más á los que tanto bien te hicieron!

—¡Usted me ha vengado!—agregó el alcalde.

Siguieron su marcha, pues próximos á ellos comenzaron á sonar algunos disparos.

Al terminar de subir la eminencia, vieron que la casa del cura seguia ardiendo y en torno de ella algunos grupos con armas.

Los del pueblo en vez de contrabandistas, los Vallejos y su ex-alcalde, creian que aquella noche iban á habérselas con una partida de *negros*.

CAPITULO XXV

Seguridades de un cura

Al mediar la tarde, el cura y su gente dieron vista á Badajoz.

El sacerdote, que tenía prisa por ver terminada su obra, mandó á los escopeteros que aligerasen el paso.

Durante el trayecto, doña María no se cansaba de besar á sus hijos, como si presintiese que por espacio de mucho tiempo iba á verse privada de sus caricias.

Román, el mayor de los dos, se durmió en brazos de su madre.

Próximos á la ciudad, y sin duda por el buen parecer, el sacerdote se despojó de su armamento entregándosele al cochero, que lo atravesó en la caja del pescante.

Cuanto más se aproximaban al término del viaje, mayor era la inquietud de la sirvienta de doña María.

La pobre muchacha sentía helársele el corazón de espanto, sólo al pensar en los sufrimientos de su señora.

Doña María iba serena y resignada, con esa conformidad de las almas nobles que, sin tener nada de arrogante, dista mucho de la humillación.

Desde que salió del pueblo, en sus ojos no había aparecido ni una lágrima.

Don Agustín, este era el nombre de su padre, no se cansaba de contemplar á su hija y á sus nietos; mas viéndola tan tranquila guardó silencio, temiendo que sus palabras de consuelo pudieran afligirla, haciendo más viva su desgracia.

Los niños, que ya tenían edad para comprender algo, viendo el aspecto tranquilo de las personas que les acompañaban, tampoco lloraron.

El ¡quién vive! del centinela de la puerta de la ciudad, obligó á los viajeros á hacer alto.

Era mucha gente aquella para permitirla la entrada en una plaza fuerte, sin previo reconocimiento.

El oficial de guardia dió orden al cura para que se retirase de la proximidad de la muralla, hasta que recibiese contestación del gobernador militar de la plaza á quien daba cuenta de su llegada.

Este contratiempo disgustó al cura, quien por el sólo hecho de llevar hábitos talares, creía que en ninguna parte le pondrían obstáculos.

Como en todos lados abundan los curiosos, no tardó el coche en verse rodeado de un grupo de gente, que á duras penas podían contener los escopeteros.

La actitud de aquellos curiosos fanáticos, al saber que en el coche iba una *negra*, no tenía nada de tranquilizadora.

Es bien seguro que á haberles dejado, doña María y los que la acompañaban hubieran muerto á sus manos.

Por fin, les permitieron penetrar en la ciudad.

El coche franqueó las puertas de Badajoz, seguido de una turba de mujeres y chiquillos, deteniéndose nuevamente delante de la casa del alcalde corregidor, es decir, en la antesala de la cárcel.

En aquella fecha los alcaldes corregidores, nombrados por el rey, tenían en su mano la libertad y hasta la vida de los ciudadanos.

La detención arbitraria no tenía castigo y el hogar del ciudadano quedaba á merced de la primera autoridad que quisiese atropellarle.

Un gesto, una palabra sospechosa, eran muy suficientes para que los esbirros encarcelaran á cualquiera.

El sacerdote, desmontándose, entregó al alguacil las riendas de su mula, recomendándole que tuviese mucha vigilancia.

Aun dentro de la población temía que se le escapara su víctima.

Aquel hombre fué inmediatamente recibido por el corregidor.

Después de pronunciar un discurso en el que con fingida modestia hablaba de su ministerio como sacerdote y amante de su rey, terminó manifestando que ponía á disposición de la autoridad á una señora, por el enorme delito de haber faltado á las leyes abriendo las puertas de su casa á dos *negros* y proporcionarles después los medios de huir á Portugal, acción que no podía ejecutarse sin profesar las abominables doctrinas del liberalismo.

El corregidor, que no era el primer discurso de esta índole que oía, dejó al cura que se despachase á su gusto.

—Está bien,—repuso así que terminó.

No puedo por menos de aplaudir el celo que usted demuestra por la buena causa, felicitándole por ello.

Además, pondré en conocimiento del rey (q. D. g.) el servicio que usted acaba de prestar.

Sin embargo, para proceder con arreglo á las leyes, necesito que me facilite algunos datos que encabecen el proceso.

—Aquí los tiene V. S.,—repuso el cura,—sacando del bolsillo de su sotana un pliego de papel.

En este escrito, aunque brevemente, doy cuenta detallada de todo cuanto sucedió.

También indico lo que conviene hacer para que el fugitivo alcalde sea capturado.

Sobre él recae mayor responsabilidad que sobre su esposa, por reunir las circunstancias agravantes de ser alcalde y fingir que perseguía á los enemigos de Dios y de nuestro rey y señor.

El corregidor, desdoblando el escrito, se puso á examinarle.

Al leer el nombre de doña María, arrugó el entrecejo.

Era muy amigo de los padres de esta señora, sabiendo, además, que en ellos estaban muy arraigadas las opiniones absolutistas.

Como hombre de mundo, guardó silencio sobre esta parte.

—¿Quién es esta muchacha que aparece aquí y qué delito ha cometido para que también venga en clase de detenida?—preguntó el corregidor con extrañeza.

—La criada de doña María, que se ha empeñado en seguir la suerte de su señora.

Créame V. S., los malos ejemplos producen funestísimos resultados.

Esa muchacha, que gozaba de buena reputación, me pidió llorando que la permitiese venir con su señora.

Como las plantas dañinas conviene exterminarlas de una vez, accedí á sus ruegos,—repuso el cura.

—Bien hecho,—balbuceó el corregidor,—extendiendo un oficio para que fuesen admitidas en la cárcel doña María y su criada, en caso de que ésta tuviese empeño en seguirla.

Tome usted,—agregó, entregándole el oficio.

Aquí tiene la orden de prisión.

Debo advertir á usted que como el proceso comenzará en seguida, y sus declaraciones son necesarias, por ahora

no puede salir de Badajoz, dándome aviso del domicilio que ocupe.

Además, á la criada le advierte los peligros á que se expone acompañando á su señora, mas si se empeña en ello, que quede presa también.

El cura, orgulloso y satisfecho, se despidió del corregidor, diciéndose:

—Este es un alcalde como hay pocos.

Los *negros* que caigan en sus manos recibirán de seguro su merecido.

Para terminar su buena obra, el cura se dirigió á la cárcel de la ciudad, seguido del coche y los escopeteros, penetrando en el patio del edificio.

Al abrir la portezuela, exclamó dirigiéndose á la criada con acento de amenaza:

—Chica: ¿Te empeñas en seguir á tu señora?

—Sí, señor; ya se lo he dicho á usted.

—¿Ignoras que con eso ofendes á Dios y al rey?

—Padre, cada uno mira las cosas según su conciencia.

Todo lo que usted me diga es inútil,—repuso la muchacha con valentía.

—Pues si te ahorcan no puedes culparme de nada; te avisé á tiempo,—balbuceó el sacerdote con ira.

Llegó el momento de despedirse de sus hijos y entonces

á doña María le faltó el valor y el llanto la impidió que hablase.

—También he de separarme de los pedazos de mi alma,—balbuceó con amargura.

¡Pobres hijos míos!

—Valor María, no des el espectáculo de que se gocen en tu amargura,—balbuceó don Agustín en voz tan baja que no le oyó nadie más que su hija.

Estas palabras causaron un efecto prodigioso en el ánimo de aquella madre que reprimiendo sus sentimientos, se mostró serena, exclamando con entereza:

—¡Adiós padre mío!

¡Adiós hijos de mi corazón!—sus labios besaron repetidas veces á las tiernas criaturas y con paso rápido siguió al carcelero, no sin lanzar antes una despreciativa mirada sobre su aprensor.

Si bien á los liberales no se les permitía en las cárceles gozar de ciertos beneficios, como los partidarios del absolutismo no eran enemigos del dinero, don Agustín pudo conseguir del alcaide que encerrase á su hija en una habitación de las llamadas de pago, con objeto de evitar que estuviese en directo contacto con las demás presas.

A estas peticiones accedió el alcaide, diciendo que lo hacía por tratarse de una señora, pues al ser hombre irre-

misiblemente lo encierra en uno de los calabozos más oscuros.

En cuanto á la criada quedó al lado de su señora.

El cura entregando el mando de la partida al alguacil, le dió orden de que se volviera al pueblo.

Ya no le faltaba más que presentarse al obispo y darle cuenta de lo ocurrido.

A este fin le guiaban además de llenar sus deberes otros móviles que bueno será conozca el lector.

En primer término por aquella época se repartían canongías en abundancia atendiéndose más que al talento y edad de los sacerdotes á la exaltación de sus ideas políticas, el que mayor celo mostraba por el rey y más odio contra los constitucionales, más probabilidades tenía de ser agraciado con una buena prebenda.

Los servicios prestados por tres frailes fanáticos redactores del *Restaurador*, periódico el más violento y el que con más saña combatió á los vencidos pregonando su exterminio hasta la quinta generación, fueron recompensados con mitras y prebendas.

Este ejemplo exaltó la ambición de muchos sacerdotes, haciéndoles intransigentes y feroces.

CAPITULO XXVI

También á Portugal

Tan pronto como don Agustín se despidió de su hija dispuesto á poner en juego todas sus influencias, fuese á casa del corregidor de quien, según ya indicamos, era antiguo amigo.

No fué poca fortuna para él hallarle aun en su casa, pues en aquellos tiempos costaba más trabajo hablar á un alcalde que hoy á un ministro.

El corregidor de Badajoz, aunque era acérrimo defensor del rey, era un hombre de honrada conciencia y le repugnaba recurrir á ciertos procedimientos que no estuviesen ajustados á la razón y á la justicia.

No comprendía que ahorcando liberales ganase nada

su partido y mucho menos que se extremase la violencia hasta perseguir á sus familias despojándoles de sus bienes.

A esto último más que á nada hay que atribuir infinitas denuncias de aquel tiempo.

Sucedía que al confiscarse los bienes de algún *negro*, el denunciador recibía como recompensa una parte proporcionada á la fortuna del denunciado.

Con esto se excitaba la codicia de muchos miserables que para enriquecerse no vacilan en emplear en último término la calumnia.

Con el importe de los bienes confiscados pensaba Fernando VII levantar un ejército que le reconquistase las ya perdidas provincias de Ultramar.

Como la crisis por que atravesaba la nación era terrible, la mayor parte de estos bienes no pudieron venderse, quedando para que unos cuantos caciques se aprovechasen de ellos, por espacio de muchos años.

El corregidor no sin cierta prevención recibió á su amigo, quien con acento balbuciente, le recordó el antiguo afecto que existia entre ellos.

—No le he olvidado ni tengo por qué renegar de él,— repuso el alcalde con nobleza.

—Entonces ya podrás suponer á lo que vengo.

—Sí por cierto, que al leer el nombre de tu hija me admiré que se la tachara de desafecta conociendo como

conozco la historia de tu familia, y el amor que siempre habéis profesado á Fernando VII.

—Y que en nada se ha enfriado á pesar del atropello de que somos víctimas,—repuso don Agustín con sinceridad.

Luego agregó:

—Tú eres hombre de conciencia y sentimientos religiosos, y no tengo por qué ocultarte la verdad de lo sucedido.

—Habla, que en este momento lo haces con el amigo y no con el corregidor.

También te prometo que en todo aquello que pueda favorecerte te favoreceré.

—Gracias,—repuso don Agustín con alegría, relatando después á su amigo lo que ya conocen nuestros lectores.

—Ahora, dime; ¿qué es lo que hubieses hecho tú en el caso de María?—terminó el anciano fijando una mirada penetrante en su amigo.

—Esa es una pregunta á la que no puedo contestarte.

Tal vez hubiese obrado del mismo modo que tu hija.

Mas eso importa muy poco, la ley no reconoce circunstancias atenuantes: hemos sido muy crueles en lo que se refiere á la persecución política, sin pensar que la ley de exterminio dictada contra nuestros enemigos, podía herirnos á nosotros,—repuso el corregidor con tristeza.

Después agregó:

—¡Ay, amigo Agustín! si supieses lo pesado de mi misión, es bien seguro que si alguna vez te ofrecieran un puesto como este le renunciarías.

Yo nunca he visto tan de cerca como ahora hasta donde es capaz de llegar la perfidia humana.

Pero, en fin; olvidemos esas miserias y hablemos de lo que te interesa.

Voy á aconsejarte lo que se debe hacer.

Según lo que acabas de referirme, tu hija fué presa la misma noche que los liberales salieron de su casa.

La denuncia la hizo Cabezota, por lo tanto, no puede haber más testigos que él. Si presentan alguno más es falso, y no tardaré yo en cogerle en alguna contradicción.

De modo que le vas á dar á tu hija el siguiente consejo:

Mañana, cuando yo la tome declaración, que niegue rotundamente que en su casa estuvieron los fugitivos.

Si le pregunto por su esposo, que diga que se fué de caza y que como la encerraron en la cárcel nada sabe de él.

Esto es una falsedad, pero en esta ocasión no hay que andarse con escrúpulos, pues sólo ocultando la verdad conseguirá salvarse.

Además, que no demuestre ni diga á nadie que me conoce.

Y por último, no busques más recomendaciones, porque esto sería echarlo todo á perder despertando la atención respecto al proceso.

—Seguiré tu consejo al pié de la letra,—dijo don Agustín estrechando con efusión la mano de su amigo.

—Para que no te pongan obstáculo en la cárcel y puedas ver durante el dia á tu hija, aquí tienes una orden para el alcaide.

Don Agustín salió de casa de su amigo sumamente satisfecho.

Al menos el corregidor no sólo recordaba su amistad, sino, que ayudábale con sus consejos.

—¿Harían todos lo mismo?—se preguntaba el anciano.

Lo más seguro era que no le hubieran hecho caso.

Al día siguiente el corregidor abrió el proceso, tomando declaración á doña María y á la criada.

Aunque no sin repugnancia por parte de la primera, declaró lo mismo que el corregidor dijo á don Agustín.

Igual declaración prestó la criada.

A la tarde siguiente fué llamado el cura, que con una minuciosidad y notable riqueza de detalles, dijo cuanto había hecho.

—Hasta aquí nada prueba que esa señora sea culpable del delito que se la acusa,—le interrumpió el corregidor.

—¿Cómo que no?—repuso el cura con asombro.

Si quiere V. S. que quede probado el delito de una manera más clara, puedo hacerlo.

Además, no creo que doña María haya negado su falta.

—Precisamente porque niega se hacen necesarias pruebas que destruyan su negativa.

Como sacerdote, me merece usted entero crédito, porque tiene usted obligación de decir la verdad.

¿Mas usted vió refugiarse á los liberales en casa de esa señora?

—No, señor, yo no lo ví.

—¿Se atreverá usted á jurar que es cierto que doña María les socorriese?

—Mucho menos,—repuso el cura, viéndose apretado de aquella manera.

—Entonces, no hay más remedio que llamar á los testigos oculares del hecho.

Porque aquí usted no puede probar otra cosa que procedió á la prisión de doña María en virtud de una denuncia.

—Así es,—balbuceó el cura con tristeza.

—¿Qué número de testigos me puede usted presentar?

—Uno, Cabezota, el que hizo la denuncia, que es criado de la casa y por lo tanto debe saber lo qué ocurrió en ella.

—Me extraña que no le haya traído usted en su compañía; esto hubiera abreviado mucho el proceso; pero le obligaremos á que se presente.

El corregidor dió por aquel día por terminado el interrogatorio.

Cuando el sacerdote salió á la calle, ya no le pareció el representante de la autoridad real en Badajoz tan buena persona.

Según su manera de pensar, le ofendía con su modo de proceder.

El sacerdote hubiese querido que sin más testigo ni más nada que su declaración, se hubiese sentenciado á doña María.

La vida que la esposa de don Andrés hacia en la cárcel, era de resignación y tristeza.

Afortunadamente, todos los días pasaba una ó dos horas con sus hijos.

Por otra parte, comenzó á renacer en ella la tranquilidad viendo que pasaba el tiempo sin que Cabezota se presentase á declarar.

No obstante todas las diligencias que hizo el cura, el cabrero no parecia por ninguna parte.

Por lo tanto, el ambicioso sacerdote veia con dolor escaparse la prebenda con que soñara.

En vista que no se presentaba testigo alguno que declarase en contra de doña María, se sobreseyó la causa por falta de pruebas, poniéndose en libertad á la esposa de don Andrés.

Doña María no quiso volver al pueblo, temiendo una venganza de Cabezota y las iras del cura, que no dejarian de crearla cuantas dificultades pudieran.

Así es que, seguida de su fiel sirviente y de sus hijos, salió de Badajoz para reunirse en Yelves con su esposo.

Sin tener ideas políticas, ella también emigraba.

CAPITULO XXVII

¡Que descanse en paz!

Han transcurrido diez años desde la noche en que Muñoz se vió en la necesidad de emigrar.

Los sucesos políticos han cambiado radicalmente, y lo que antes era perseguido y abominable, ahora merece aplausos.

El absolutismo se vió obligado á moderar sus excesos, sin que por esto se mostrara generoso con los liberales emigrados.

Antes por el contrario, Fernando seguía odiándolos, pero entonces le tocaba recoger el fruto de sus crueldades.

Por perseguir á unos, dejó que las pasiones y el enco-

no de otros se exaltasen demasiado, dando lugar á que se formase el partido apostólico, que á su muerte habia de ser causa de tantos males para la patria.

Cuando en 1829 enviudó Fernando VII de su tercera esposa María Amalia de Sajonia, la corona de España no tenía más sucesor que el príncipe don Carlos, hermano del monarca.

De su segunda mujer Isabel de Braganza tuvo dos hijas, una de las cuales vivió pocos meses y sólo horas la otra.

Consecuencia de esto fué que el partido apostólico se hiciese más fuerte y abogase por el cumplimiento de la ley Sálica que desde Felipe V y siguiendo la costumbre francesa excluía á las hembras de la corona de España. Mas Fernando, á pesar de su edad y sus achaques, contrajo cuartas nupcias con María Cristina, mujer de extraordinaria belleza.

Este matrimonio fué la tea de la discordia que dividió el partido absolutista.

La servidumbre de palacio formó desde entonces diversas camarillas más adictas á don Carlos que al mismo rey.

Los apostólicos proclamaban por todas partes que Dios estaba á su lado, haciendo que fuesen estériles todas las esposas del monarca.

A pesar de su amor al trono, fueron más allá, y queriendo traer prosélitos á su causa, publicaron las aventuras de Fernando, nada honrosas por cierto, y las debilidades de su tercera mujer.

Entre los apostólicos había muchos que en 1808 hicieron traición á su patria siguiendo la causa del intruso José, y con los cuales se mostró Fernando más generoso que con los liberales, les abrió las puertas de su palacio admitiéndoles en sus reuniones por ser nobles, y hasta llegó á conferirles importantes cargos.

Poco después de casarse con María Cristina, mandó Fernando que se publicase la pragmática sanción de Carlos IV, en la que se derogaba la ley Sálica.

Don Carlos no lanzó la menor protesta contra este documento, y sus partidarios le imitaron, contentándose solo con murmurar.

El 10 de Octubre de 1830, el estampido del cañón anunció al pueblo de Madrid que la reina había dado á luz una princesa, á la que se bautizó con el nombre de María Isabel Luisa, y esta fué la señal para que los apostólicos rompiesen las hostilidades, llenando las columnas de la prensa francesa de artículos violentos en contra de la derogación de la ley Sálica.

Se nos olvidaba decir que el partido apostólico le componían el clero y parte de la nobleza, que aspiraba al restablecimiento de su antiguo poderío.

Desde el año 23 al 30, los sucesos políticos habían cambiado mucho.

En esta fecha una revolución arrancó del trono de Francia á Carlos X, proclamándose la Constitución.

Como las revoluciones que estallan en un país hallan casi siempre eco en otro, los constitucionales españoles cobraron nuevos alientos.

El nuevo rey de Francia, Luis Felipe, que tuvo que reconocer la Constitución y la libertad de imprenta, protegió á los emigrados españoles, facilitándoles armas y dinero.

Valdés, Sancho, Isturiz, Calatrava y Vadillo, formaron en las inmediaciones del pirineo una junta revolucionaria.

Rápidamente adelantaron los trabajos, y cuando la revolución iba á estallar, el gobierno francés, á cambio de que el de España reconociese á Luis Felipe, les retiró su ayuda.

No por esto se desanimaron los liberales; Valdés, Mina y el coronel Chapalangarra, levantan la bandera constitucional sin otro resultado que el ocasionar un nuevo triunfo para el absolutismo.

Chapalangarra murió fusilado, Valdés tuvo la fortuna de escapar, y en cuanto al heróico Mina, se vió tan comprometido que se salvó dando voces de mando á una partida realista que le tenía cercado.

Este nuevo fracaso tampoco desalentó á los constitucionales.

El 28 de Febrero del siguiente año, desembarcó Torrijos en Algeciras al frente de doscientos liberales, mas las antoridades, que tenían noticia de este movimiento, le re-

cibieron con fuerzas cuadruplicadas, obligándole á refugiarse en Gibraltar.

Entonces se cometió una de las mayores infamias que registra la historia de nuestras luchas civiles.

El general Manzanares que con una partida de ciento cincuenta hombres se dirigía á Sierra Bermeja, viéndose perdido, tuvo que dividir su gente en dos fracciones, entregando el mando de una de ellas al joven Vallejo.

Manzanares cometió la imprudencia de entregarse á un cabrero para que le sirviese de guía, mas éste, después de comprometerse á ello, dió aviso á las autoridades que acudieron en su ayuda con buen número de escopeteros, y lograron cercarles.

El pastor murió de un pistoletazo á manos del general, mas los escopeteros vengaron su muerte fusilando á los sesenta que componían la partida de Manzanares.

Más afortunado el teniente Vallejo, logró después de infinitas penalidades ganar la frontera portuguesa.

María de Pineda, sorprendida bordando una bandera, fué ahorcada en Granada.

Un librero de Madrid acusado de liberal, sufrió igual pena.

Mas como los absolutistas habían comenzado otra era de persecución igual á la del 23, no era cosa que la terminasen sin ninguna infamia que superase á las ya cometidas.

El general González Moreno, gobernador militar, hombre de tan poca conciencia como sentimientos caballeres-

cos y acérrimo apostólico, escribió á Torrijos diciéndole que se hallaba dispuesto á proclamar la Constitución é invitándole á que desembarcase en la caleta de Málaga.

El incauto liberal cayó en la red que le tendían y desembarcó cerca de Málaga con cincuenta y dos hombres.

Viéndose atacado por las tropas de Moreno, se hicieron fuertes en una alquería, disponiéndose á vender caras sus vidas.

Para colmo de sus villanías el infame González les envió un parlamentario ofreciéndoles que si se entregaban serían tratados con la mayor consideración, respetándoseles la vida.

Pero tan pronto como les tuvo en su poder les hizo fusilar.

Entre los cincuenta y dos sacrificados tan villanamente iban Golfín, Flórez Calderón, López, Pinto y otros personajes de gran importancia en el partido liberal.

Todo esto contribuía á aumentar la fuerza del partido apostólico que sordamente trabajaba dentro de palacio para qne se volviese á declararse en vigor la ley Sálica.

La vida de Fernando estaba amenazada de muerte, pues su naturaleza se quebrantó de tal modo que á los cuarenta y ocho años se hallaba tan achacoso que parecía un octogenario.

Aconsejado por los médicos, hizo una jornada á la

Granja y á los pocos días de llegar sufrió un ataque de gota del que se le creyó muerto, y tanto fué así que el embajador francés dió la noticia de la defunción á su gobierno.

En aquellos momentos fué cuando los apostólicos comenzaron á poner en juego sus intrigas.

Apenas recuperó el sentido Fernando VII, Antonini pintó á Cristina con tan fuertes colores la situación de España si moría el rey sin que restableciese la ley Sálica, que Fernando firmó el decreto que con este motivo le presentó Cristina, por el que sus hijas quedaban excluidas de la corona.

Sólo esto demuestra la confusión que reinaba en palacio.

Pero si una madre engañada trabajó en contra de sus hijas, una hermana debía remediar este absurdo.

La infanta Luisa Carlota, sabedora de lo sucedido, se presentó en la Granja y de un modo violento increpó á su hermana llamándola *reina de galería.*

La echó en cara lo inicuo de su acción, haciendo revivir en Cristina los sentimientos de madre.

También se acercó al lecho del enfermo para reprenderle su debilidad, y por último, encontrándose en uno de los corredores de palacio con don Tadeo Calomarde, ministro de Gracia y Justicia, le acusó de desleal y como sorprendiera en los labios de Calomarde una falsa sonrisa, llena de indignación le dió una bofetada.

Entonces el ministro bajando la cabeza, repuso:

—Señora, manos blancas no ofenden.

Con lo cual Calomarde no dando importancia al ultraje se evitaba presentar la dimisión de su cargo.

En vista de que la enfermedad del rey continuaba, Cristina empuñó las riendas del gobierno.

Desde aquel instante empezó á efectuarse un cambio radical en la política.

El primer decreto de importancia con que Cristina inauguró su gobierno, fué mandando abrir las universidades.

Medida que la valió las simpatías de la clase media que veía otra vez á sus hijos con libertad para dedicarse á una carrera.

El elemento ilustrado aplaudió á la regente con entusiasmo.

Verdad es que tampoco la era conveniente seguir el mismo camino que su esposo; pues hubiese redundado en beneficio del partido apostólico.

Bien por sí ó por los consejos de su hermana, Cristina comprendía que para defender los intereses de sus hijas no le quedaba más recurso que echarse en brazos de los liberales.

Como por entonces se dijo que Calomarde iba á vengarse de la pérdida de su destino presentando en las cortes extranjeras el decreto derogando, que dió el rey el 29 de Marzo de 1830. Fernando VII reunió al Consejo de Castilla y demás magnates del reino, para decirles que si firmó el

decreto que obraba en poder de Calomarde, fué á causa del estado de postración en que se hallaba su cuerpo y su espíritu, cuando se le presentaron.

En su consecuencia, los apostólicos perdida la esperanza de ver á don Carlos rey de España por medios pacíficos, se aprestaron á la lucha, cuyo primer resultado fué que á don Carlos y al infante don Sebastián se les permitiese acompañar á Portugal á la princesa de Beira, lo cual era lo mismo que desterrarles.

No sin algunas protestas de los prelados y representantes de las ciudades, se efectuó la jura de princesa de Asturias y heredera de la corona en la niña María Isabel.

Entre Fernando y su hermano mediaron varias cartas en las que se hacían mil protestas de cariño, mas el jefe del partido apostólico no renunciaba á los derechos que según él, le concedió Dios al nacer.

Así las cosas, el 29 de Setiembre de 1833, la muerte sorprendió á Fernando VII de resultas de un ataque de apoplegía. Su cadáver, según costumbre fué expuesto al público durante unos días, siendo después trasladado al Escorial, para enterrarle en el panteón de los reyes, con las formalidades de costumbre en semejantes casos.

Estas son como siguen:

El mayordomo mayor abre la caja y pregunta á los monteros de Espinosa si es aquel el cadáver que les entre-

garon, y una vez que juran afirmativamente, el capitán de guardias de la real persona, hoy alabarderos, exclama por tres veces:—¡Señor!—y añade:

—Puesto que S. M. no me responde; verdaderamente está muerto.—Y rompe el bastón de mando en dos pedazos.

Con esto se da por terminada la ceremonia.

Si fuésemos á hacer un juicio crítico de los veinticuatro años que reinó aquel monarca, nos expondríamos á cansar á nuestros lectores, por lo tanto, imitando á un historiador contemporáneo nos contentamos con decir:

—¡Que descanse en paz!

CAPITULO XXVIII

Justa recompensa

Abierto el testamento de Fernando VII en el que disponía que su hija Isabel heredase la corona bajo la tutela y regencia de su madre, tomó Cristina de un modo definitivo la dirección de los negocios del Estado.

Como el 3 de Octubre se diese en Ocaña el grito de ¡viva Carlos V! Cristina para defender la corona de su hija no tuvo más remedio que agrupar en torno de su trono á los constitucionales.

Un decreto de completa amnistía abrió las puertas de la patria á los emigrados que con júbilo regresaron á sus hogares.

Aquellos hombres que tantos días de gloria dieron á la nación, y que por ella derramaron su sangre; se apresta-ron de nuevo á la defensa de la tierna princesa y con Fernando VII, murió el absolutismo, ya que no los absolutistas.

Los Vallejos regresaron á España, siendo el brigadier recompensado con el empleo de mariscal de campo.

Ricardo, que de haber seguido en el ejército le hubiese correspondido el ascenso á primer comandante, obtuvo este empleo y fué destinado á mandar un batallón de cazadores.

Mas sin duda estaba nuestra patria predestinada á que sus hijos derramasen su sangre en fratricidas guerras.

Cuando el gobierno de la regente siguiendo el camino del progreso y una política de reparación y tolerancia publicaba el decreto de amnistía, los sacerdotes desde los púlpitos exhortaban al pueblo á que empuñase el arma en contra de la hija del monarca á cuyo amparo cometieron tantos atropellos.

El grito de Ocaña fué ahogado, mas su eco atravesando las llanuras de Castilla, fué á repercutir en las montañas de Cataluña, Navarra, Aragón y las Vascongadas.

Allí el clero facilitó armas organizando partidas muchas de las cuales fueron mandadas por los oficiales de la guardia Real afiliados al partido mal llamado católico.

Pero la mayoría de la nación se hallaba fatigada del gobierno absoluto y no quería sufrir los caprichos de un nuevo monarca que gobernase con este odioso sistema.

El derecho divino, sobre el que durante tantos siglos cimentaron los reyes sus tronos, era rechazado por la clase media.

Sólo en los países donde los adelantos de la civilización penetraron con un retraso espantoso, lograron los apostólicos entusiasmar al pueblo, haciéndole sostener su causa.

En vista de la facilidad con que encendían la guerra, creyeron los partidarios de don Carlos que su triunfo era seguro.

Mas la creación de la Milicia Nacional, en la que se alistaron la mayoría de los ciudadanos, les hizo ver que su empresa no era tan fácil como se habían prometido.

El batallón que mandaba Vallejo fué destinado á operar á las provincias del Norte.

Nada hemos dicho de Muñoz, y es hora de que nos ocupemos de él y de su familia.

La amistad de los Vallejos dió á conocer á don Andrés durante su emigración las ventajas de las doctrinas liberales, y pronto se convenció de la bondad de sus principios, abjurando de las ideas absolutistas.

Esto fué el principal motivo por qué después de sobre-

seerse el proceso de su esposa, continuó residiendo en Yelves.

De regreso á España se detuvo algunos días en Badajoz, no quedándose los Vallejos por ser urgente su presencia en Madrid.

Como en Portugal no hubo ministros como Calomarde, que mandasen cerrar las Universidades, don Andrés pudo dar á sus hijos alguna educación; así es que al regresar á España, para darles carrera se trasladó á la corte.

Muñoz, en un período relativamente corto, rompió todas las tradiciones de familia.

Desde sus ideas políticas hasta el modo de vivir, todo lo varió por completo.

Sentía necesidad de hallarse en contacto directo con las ideas modernas.

Además, la vida en su pueblo se le hubiera hecho insoportable, recordando lo que en él sucedió.

Como el estado de su fortuna le permitía vivir holgadamente en Madrid, alquiló un primer piso en la calle de Hortaleza, amueblándole con relativo lujo.

El regreso á la patria y las ocupaciones de la política no aminoraron en lo más mínimo el afecto que Muñoz y los Vallejos se profesaban.

El veterano, que gozaba de gran prestigio en la nueva

situación por lo mucho que hizo por ella, fué elegido diputado.

Este cargo le ponía en condiciones de pagar de alguna manera la deuda de gratitud que contrajo con su amigo y salvador.

—¿Mas cómo?—se preguntaba el veterano infinitas veces.

No le faltaban medios para conseguir para él el acta de diputado.

Mas cuantas veces le habló de esto, Muñoz invariablemente le respondía:

—Amigo Vallejo, para ser diputado se necesita poseer ciertas condiciones que yo no tengo.

No soy un ignorante, mas tampoco un hombre de ciencia.

A mi edad sería ridículo que yo fuese á ser un diputado del montón, de esos seres anónimos que sin conocer la bondad de las leyes que discuten dicen *sí*, porque se lo manda su jefe.

Y sobre todo, para ser un buen liberal no hace falta sentarse en el Congreso.

En vista de las repetidas negativas, Vallejo quiso proponerle para jefe político de una provincia.

—Otros lo harán mejor que yo.

Tengo mucho de qué ocuparme en mi casa, para arreglar con acierto la administración pública,—respondía don Andrés.

—¿Y si se encuentra usted con el nombramiento,—le objetaba Vallejo.

—Renunciaré á él, aun á riesgo de que usted se incomode por el desaire.

—Pues nada, yo necesito corresponder de alguna manera al beneficio que usted nos prestó,—insistía el general.

—Y yo le repito que me sobra con su buena amistad.

Vallejo, después de meditar unos momentos, exclamó con alegría:

—Me parece que no rechazará usted lo que voy á proponerle.

—Según lo que sea.

—Conseguir que le agracien con un título de nobleza para legárselo mañana á sus hijos.

Don Andrés, que no tenía nada de orgulloso, al oir esta proposición se sonrió.

—¿Para qué quiero el título?—repuso.

Sin él he vivido muchos años, y créeme usted que nunca he sentido la necesidad de añadirme otro nombre.

—Vamos, esto es que no quiere usted nada de mí,—balbuceó el veterano con tristeza.

Sino para usted, al menos para legársele á sus hijos, como le he dicho antes.

¡Quién sabe si en el día de mañana puede serles de gran utilidad!

Doña María, al oir estas razones, no pudo contenerse é intervino en la conversación.

Su corazón de madre era egoista y todo le parecía poco para sus hijos, así es que exclamó con acento suplicante:

—Andrés, acepta esa distinción; que no diga Vallejo que le desairas sistemáticamente.

—¿También tú?—objetó Muñoz cariñosamente.

Puesto que parece que tenéis decidido empeño, seré conde ó marqués de lo que vosotros queráis.

—¡Gracias á Dios que al fin se da usted á partido!—agregó Vallejo con alegría.

Creí no conseguir nada; mas afortunadamente ha venido doña María en mi auxilio oportunamente.

Ahora no falta más que saber qué título quiere usted que se le conceda.

¿El del pueblo dónde usted nació?

—De ninguna manera,—repuso vivamente don Andrés.

Esto daría lugar á que mis amigos y los del cura se declarasen la guerra.

—¿Entonces, el de alguna de sus fincas?

—No me parece mal.

En el reino de Murcia tengo una buena posesión en Moratalla.

—Pues nada, será usted marqués de Moratalla.

Con esto terminó la visita, despidiéndose Vallejo para empezar sus gestiones.

Aquel mismo día habló del asunto con el ministro de Estado, y como á Vallejo no podía negársele nada, y por otra parte los antecedentes de Muñoz eran inmejorables,

pocos días después tenía en su poder el título de marqués de Moratalla.

Muñoz recibió la distinción con fingida alegría por no disgustar á su amigo y á su esposa.

Llegó el momento en que sus hijos eligiesen carrera.

Los muchachos contaban, Román, que era el mayor, diez y siete años, y Andrés, el menor, diez y seis.

El temperamento de éste, era vehemente y batallador; por lo tanto, eligió la carrera de las armas.

En vano le suplicó su madre hasta con lágrimas en los ojos que eligiese otra profesión, pues la buena señora temía que una bala carlista le quitase la vida en los campos de batalla; pero Andrés, firme en su propósito, la respondía que era la única carrera que le gustaba.

Como entonces estaban cerrados los colegios militares de Ocaña y Puerto de Santa María, suprimidos al par que los civiles, no había otro remedio que ingresar de cadete en un cuerpo.

El menor de los hijos de Muñoz quedó filiado como cadete en el batallón que mandaba el comandante Vallejo.

Román, que era de distinto carácter que su hermano, y poco amigo de exponer su vida por ninguna idea política, obtó por la carrera de derecho.